

Capítulo 25 – La justicia de Dios.

Introducción

Mi introducción al Capítulo 24 fue citada desde el final del Capítulo 23:

“A

quién que esté respaldado por el Amor de Dios podría resultarle difícil elegir entre los milagros y el asesinato?” (T-23.IV.9:8). Mientras el Capítulo

24 se ocupó en gran medida del asesinato, el capítulo actual se centra en el

milagro, conocido como justicia en este capítulo y en el siguiente.

Estos

son, de hecho, los únicos lugares del texto en los que este tema aparece,

aunque su contenido es evidente en todas partes. La justicia es el principio

de que nadie pierde y todos ganan, corrigiendo el principio de asesinato del

ego en el que ganamos a expensas de alguien: otros mueren como castigo

por los pecados que les hemos proyectado, lo que nos lleva mágicamente a

creer que estamos libres de ellos. Al hacerlo, ganamos la impecabilidad que

asegura que el pecado de otra persona merece castigo. Esta versión pervertida de la justicia ejemplifica el uno u otro del ego, su propósito para

el mundo. Por supuesto, el propósito es otro tema prominente aquí, el cambio del deseo del ego de atacar y matar al del Espíritu Santo del perdón

y la curación.

Comenzamos mirando el sistema de pensamiento del ego, específicamente

su necesidad de aprisionarnos en un cuerpo sin nosotros darnos cuenta de

que es una prisión. Esto nos aleja de la mente, el lugar del miedo del ego a

que nuestro ser tomador de decisiones elija milagros en lugar de asesinato,

Expiación en lugar de separación. Nuestro enfoque estará entonces en el

tema del propósito, el cual finalmente nos llevará a una discusión sobre el perdón y la justicia.

Mente y cuerpo: el hogar del pecado.

Nuestro punto de partida es la Introducción al capítulo, su línea de apertura

continúa el motivo de "El Cristo en ti" con el que cerramos el movimiento

24 de nuestra sinfonía:

(In.1:1-4) El Cristo en ti no habita en un cuerpo. Sin embargo, está en ti. De ello se deduce, por lo tanto, que no estás dentro de un cuerpo.

Lo

que se encuentra dentro de ti no puede estar afuera.

El Cristo en nosotros está en la mente, no en el cuerpo. Más específicamente, está presente a través del recuerdo de Quiénes somos

como el único Hijo de Dios. "Lo que se encuentra dentro de ti no puede estar afuera", ya que las ideas no abandonan su fuente:

permanecemos para

siempre mentes – en la verdad como Cristo, en la ilusión como el ego – a

pesar de la convincente naturaleza de los sueños de especialismo de nuestro

cuerpo.

(In.1:5-9) Y es cierto que no puedes estar aparte de lo que constituye el

centro mismo de tu vida. Lo que te da vida no puede estar alojado en la

muerte, de la misma manera en que tú tampoco puedes estarlo. Cristo se encuentra dentro de un marco de santidad cuyo único propósito es permitir que Él se pueda poner de manifiesto ante aquellos que no le conocen y así llamarlos a que vengan a Él y lo vean allí donde antes creían estaban sus cuerpos. Sus cuerpos entonces desaparecerán, de modo que Su santidad pase a ser su marco.

Este, como sabemos, es el gran miedo del ego. El recuerdo de nuestra Identidad como Cristo está en la mente, mantenida en ese lugar por la Expiación del Espíritu Santo. Para defenderse de este pensamiento que literalmente significa el fin de su existencia, el ego contraataca con su sistema de pensamiento del pecado, el castigo y la muerte. Esto es en última

instancia proyectado como un cuerpo moribundo, y su desa-parición es el marco que alberga la imagen del ego de la mortalidad. Sin embargo, cuando aprendemos a perdonar, el milagro puede llevarnos desde el marco corporal a la imagen de la mentalidad-errada, detrás de la cual está la imagen de la vida que Jesús nos ofrece: el marco de la Santidad de Cristo que es nuestro Ser.

(In.2:1-2) Nadie que lleve a Cristo dentro de sí puede dejar de reconocerlo en ninguna parte. Excepto en cuerpos. Cristo está en todas partes porque Él está en nuestra mente, la cual está en todas partes ya que el mundo no está en ninguna parte. Como una defensa, el ego desarrolla su estrategia de demostrarnos que hay un problema en la mente (culpa) del que tenemos que huir. Entramos en el cuerpo sin mente que camufla el verdadero problema: la mente está eligiendo contra el principio de la Expiación y en favor del yo especial que el ego hizo como sustituto del Cristo que es nuestro Ser. Aunque el cuerpo es el último lugar donde encontraríamos la salvación y recordaríamos Quiénes somos, nuestra atención se ha centrado exclusiva-mente en la persona física/psicológica que creemos que es nuestro ser.

(In.2:3-4) Pero mientras alguien crea estar en un cuerpo, Cristo no podrá estar donde él cree estar. Y así, lo llevará consigo sin darse cuenta, pero no lo pondrá de manifiesto. Cristo se manifiesta a través de nuestra elección de recordarlo a través del perdón. Esto corrige el propósito de especialismo del ego para el cuerpo, sin mencionar su engendramiento de amnesia sobre el poder de decisión de la

mente. Ser consciente restaura la conciencia de nuestra Identidad como

Cristo, deshaciendo la estrategia del ego de un mundo de cuerpos sin mente.

(In.2:6-7) El hijo del hombre no es el Cristo resucitado. El Hijo de Dios, no obstante, mora exacta-mente donde el hijo del hombre está, y camina con él dentro de su santidad, la cual es tan difícil de ver como lo

es la manifestación de su deseo de ser especial en su cuerpo.

Nuestra santidad no está en el cuerpo sino en la mente correcta, así como

nuestro especialismo no se experimenta en la mente sino en el cuerpo, separado del tomador de decisiones de la mente que lo disolvería fácilmente. Nota el contraste que vimos al final del Capítulo 24 entre el Hijo de Dios (el Cristo indiferenciado) y el hijo del hombre (el ego separado).

(In.3:1-2) El cuerpo no tiene necesidad de curación. Pero la mente que cree ser un cuerpo, cierta-mente está enferma.

La enfermedad nunca es del cuerpo, como hemos visto muchas veces, sino

que es la decisión de la mente por la culpa. Este tema se vuelve cada vez

más prominente a medida que nuestra sinfonía avanza hacia su consumación, la visión final de la curación de la mente en la que aceptamos

la Expiación para nosotros mismos y regresamos a casa, donde Dios “quiere

que estemos” (T-31.VIII.12:8).

(In.3:3-5) Y aquí es donde Cristo suministra el remedio. Su propósito envuelve al cuerpo en Su luz y lo llena con la santidad que irradia desde Él. Y nada que el cuerpo diga o haga deja de ponerlo a Él de manifiesto.

El hecho de que tanto el problema como la respuesta estén en la mente

motiva continuamente a nuestros egos a mantener la atención arraigada en

el cuerpo. Sin embargo, cuando Jesús nos ayuda a traspasar los velos de la

negación y la proyección, podemos elegir la Santidad de Cristo como la nuestra, una decisión que nos aleja del cuerpo y permite que la mente

refleje su amor sanador en el cuerpo y en el mundo. Si bien esto no significa necesariamente que los síntomas corporales o los problemas del

mundo desaparezcan, significa que todo lo que pensamos, sentimos y hacemos (la forma) manifestará el contenido mental de perdón y luz.

El

tema de la imagen y el marco (T-17.IV y T-24.VI.6) se refleja aquí, y volverá específicamente a continuación con el cuerpo visto como el marco

que envuelve el propósito recién descubierto de la mente de recordar a Cristo.

(V.2:1-4) El ataque convierte a Cristo en tu enemigo y a Dios junto con Él. ¿Cómo no ibas a estar atemorizado con semejantes “enemigos”? ¿Y cómo no ibas a tener miedo de ti mismo? Pues te has hecho daño, y has

hecho de tu Ser tu “enemigo”.

Esto explica por qué atacamos, un tema que se repite continuamente a lo

largo de nuestra sinfonía. El ataque mantiene a Cristo alejado porque dice

que el pecado es real, aunque no está en nosotros, sino en otros cuerpos. No

obstante, atacar a otro simplemente refuerza la creencia de la mente en su

propia pecami-nosidad, en la que atacamos a Cristo sustituyendo con nuestro ser al Suyo. Como creemos que nuestro ataque fue real, esperamos

Su contraataque justificado, lo cual es la razón por la que el campo de batalla es una imagen tan importante (mostrada en el cuadro de la mentalidad-errada en el gráfico [ver Apéndice]). Realmente pensamos que

estamos en guerra con Dios o con Cristo, y proyectamos este pensamiento,

percibiendo que el mundo está en guerra con nosotros, las víctimas inocentes de los injustos ataques de otros.

(V.2:5) Y ahora no puedes sino creer que tú no eres tú, sino algo ajeno a

ti mismo, “algo distinto”, “algo” que hay que temer en vez de amar.

Este importante tema destaca que nos hemos convertido en lo que no somos. El ego nos dice que somos un yo separado y pecador, un “algo

distinto" que está lleno de culpa y merece el castigo. Altamente vulnerables
ahora, nos encogemos de terror en un mundo de cuerpos, mientras nuestra
identidad en el sueño permanece oculta: una mente tomadora de decisiones
que puede corregir el error de haber preferido el especialismo a la
santidad,
eligiendo de nuevo y recordando su Ser.
(V.2:6-7) ¿Quién atacaría lo que percibe como completamente inocente? ¿Y quién que desease atacar, podría dejar de sentirse culpable por abrigar ese deseo, aunque anhelase la inocencia?
La necesidad de atacar refuerza nuestra culpa, una referencia a la línea que
leímos antes: "... las defensas dan lugar a lo que quieren defender" (T17.IV.7:1). El hecho de que necesitemos defensas como el ataque, nos dice
que hay algo en nosotros que necesita defensa: nuestra culpa. Esto significa
que cuanto más atacamos, más apoyamos nuestra creencia inconsciente en
la culpa - el ciclo perenne de culpa-ataque del ego. Sin embargo, mantenemos que queremos la inocencia por encima de todo, y
estamos
dispuestos a matar a cualquiera, en cualquier momento y en cualquier lugar
con el fin de adquirirla. Debido a esta necesidad de preservar la culpa y
mantener nuestro yo separado, el ciclo aparentemente no tiene fin: culpa,
ataque, y aún más culpa y ataque. Esto nos ayuda a entender por qué es tan
difícil dejar ir el juicio: mantiene la intolerable culpa de la mente fuera de la
conciencia y a salvo de toda corrección.
(V.2:8) Pues, ¿quién podría considerar al Hijo de Dios inocente y al mismo tiempo desear su muerte?
Si creemos que nuestra inocencia se compra a expensas de otro, no podremos conocer al Hijo de Dios tal como Él lo creó, porque la creación es

totalidad. Si nos vemos a nosotros mismos como pecadores y culpables, debemos ver que otros también lo son: la proyección da lugar a la percepción. Creer que uno u otro funciona es mentira; y sin embargo todo nuestro mundo está construido sobre este pensamiento que nos impide ver la inocencia en otro, la cual presagia nuestro regreso a la Inocencia que nos creó como a Sí Misma.

(V.2:9-11) Cada vez que contemplas a tu hermano, Cristo se halla ante ti. Él no se ha marchado porque tus ojos estén cerrados. Mas ¿qué podrías ver si buscas a tu Salvador y lo contemplas con ojos que no ven?

Jesús no está hablando de nuestros ojos físicos, sino de la mente errada que ha estado cerrada a la santidad y a la Expiación. Como resultado, solo ve el pecado y la culpa. Mirando a través de la lente del propósito del ego, nuestros ojos no pueden ver más allá de la separación y el especialismo que justifica el juicio y el ataque. Estas percepciones erróneas se corrigen fácilmente a través de la visión de Cristo en la mente, el feliz resultado de elegir el perdón del Espíritu Santo como nuestro maestro.

(V.3:1-4) No es a Cristo a quien contemplas cuando miras de esa manera. A quien ves es al "enemigo", a quien confundes con Cristo. Y lo odias porque no puedes ver en él pecado alguno. Tampoco oyes su llamada suplicante, cuyo contenido no cambia sea cual sea la forma en que la llamada se haga, rogándote que te unas a él en inocencia y en paz.

Pedimos amor cada vez que atacamos, diciendo, en efecto: "Por favor, demuéstreme que estoy equivocado. Demuéstrame que hay otro sistema de pensamiento que puedo elegir en mi mente". Esto cura, porque el ejemplo de otro – el mejor maestro – nos muestra la alternativa de la mentalidad correcta, permitiendo que al que percibimos como enemigo, lo veamos cambiar súbitamente de enemigo a salvador (L-pl.161.12:6). Aun así,

debemos prestar atención a nuestra resistencia a esta percepción, porque es el principio de la salvación y el fin de todo especialismo. (V.3:5) Sin embargo, tras los insensatos alaridos del ego, tal es la llamada que Dios le ha encomendado que te haga, a fin de que puedas oír en él Su Llamada a ti, y la contestes devolviéndole a Dios lo que es Suyo.

Este es el llamado que nuestros egos desean silenciar. Hemos visto cómo la voz del especialismo ahoga la Voz del Espíritu Santo (T-24.II.4-5), porque no queremos escuchar el llamado de Cristo a Cristo que nos devuelve a nuestro Ser. En cambio, elegimos escuchar los insensatos alaridos sin sentido del ego llamándonos al infierno. Por cierto, la oración anterior es un presagio más de "Pues Ellos han llegado" (ver: T-26.IX.1:1).

Pasamos a un párrafo que debe su presencia a Platón, el cual contiene una velada referencia a la "Alegoría de la caverna" del maestro Griego. Platón cuenta la historia de unos prisioneros encadenados en una caverna en la que ellos solamente pueden mirar hacia una pared interior en la que perciben las sombras proyectadas por las figuras que caminan por un camino soleado fuera de la boca de la caverna. Uno de los prisioneros, que representa a Sócrates, se libera y sale de la caverna, ajustando gradualmente sus ojos a la luz. Al regresar, intenta quitar las cadenas de los prisioneros restantes, quienes luego lo matan porque no desean ser libres. Esta alegoría incisiva refleja nuestro estar tan acostumbrados a las odiosas sombras de la culpa que no podemos tolerar la brillante visión del perdón, ya que el especialismo tiene su hogar en el mundo sin luz de la ilusión, un hogar por el que mataríamos para preservar su existencia.

(VI.2:1-3) Los ojos se acostumbran a la oscuridad, y la luz de un día soleado les resulta dolorosa a los ojos aclimatados desde hace mucho a

la tenue penumbra que se percibe durante el crepúsculo. Dichos ojos esquivan la luz del sol y la claridad que ésta le brinda a todo lo que contemplan. La penumbra parece mejor: más fácil de ver y de reconocer.

La penumbra es la vista del ego, a través de la cual solo vemos las proyecciones de la culpa en los demás y no podemos ver la luz de Cristo

brillando radiantemente en todos, incluyéndonos a nosotros mismos.

No la

vemos por una razón que la mente elige para no verla; las diferencias de la

existencia individual, las cuales desaparecen en la visión del perdón, y son

preferibles a la verdad de la igualdad del Hijo de Dios.

(VI.2:4-5) De alguna manera lo vago y lo sombrío parece ser más fácil de contemplar y menos doloroso para los ojos que lo que es completamente claro e inequívoco. Éste, no obstante, no es el propósito

de los ojos, y ¿quién puede decir que prefiere la oscuridad y al mismo tiempo afirmar que desea ver?

Una parte de nosotros quiere aprender este curso, decirle a Jesús que deseamos tomar su mano, aprender a perdonar y volver a casa. Al mismo

tiempo, no queremos renunciar a nuestro yo especial, lo que significa que

deseamos permanecer en la oscuridad, declarando que queremos la luz.

Jesús nos ayuda a ver que esta ambivalencia está dentro de la mente, y

quiere que seamos amables con nosotros mismos porque cuando no perdonamos, no somos amables con otros, y claramente preferimos el gozo

del especialismo a la paz de Dios. Necesitamos reconocer cómo nos hemos

adaptado a estas vidas envueltas en la culpa, el miedo y el odio, lo que hace

casi imposible concebir una existencia sin estos sombríos "amigos" que nos

protegen de la luz del perdón y la verdad.

Jesús ahora considera el pecado, otro de los "amigos" del ego. Hemos visto

como es una de las piedras angulares de la defensa del ego contra la elección de la Expiación. Dice que la separación es real, pero que es un acto

tan atroz que tenemos que huir del inevitable castigo de la mente y escondernos en el cuerpo.

(VII.1:2-3) El pecado es lo único en todo el mundo que no puede cambiar. Es inmutable.

Todo en el mundo cambia. Esto se considera la vida, e incluso los objetos

inanimados cambian todo el tiempo. Para el ego, el pecado no cambia porque paradójicamente representa el cambio original cuando abandonamos

a Dios. Todo lo que proviene del pecado imita ese cambio, excepto el pecado mismo – la creencia de que el cambio es posible y que es la realidad.

(VII.1:4-5) Y de su inmutabilidad depende el mundo. La magia del mundo parece ocultar de los pecadores el dolor del pecado, y engañar con falsos destellos y con ardides.

Los "falsos destellos" es el marco de relación especial que vimos en "Los

dos cuadros" (T-17.IV), y sus "ardides" es que pretende ser amor y felicidad, mientras que en verdad es culpa, odio y asesinato. Recuerda que

las relucientes joyas del marco son en realidad lágrimas y gotas de sangre,

la consecuencia palpable de la inmutabilidad del pecado.

(VII.1:6-9) Mas todo el mundo sabe que el costo del pecado es la muerte. Y ciertamente lo es. Pues el pecado es una petición de muerte, un deseo de hacer que los cimientos de este mundo sean tan firmes como Dios Mismo. Todo aquel que cree que es posible pecar mantiene al mundo excluido del amor.

El pecado significa que debemos morir porque primero matamos y, por lo

tanto, merecemos que nos maten a cambio. En el intento mágico y demente

de prevenir nuestra muerte segura a manos de Dios, proyectamos el pecado y procedemos a matar a todos los demás – si no de hecho, ciertamente de pensamiento. Si pensamos que el pecado es posible, lo expulsaremos de nuestras mentes, literal y figurativamente, creyendo en la locura de que somos cuerpos. Y mientras nos identifiquemos con el cuerpo, permaneceremos sin mente y nunca podremos elegir el amor. De hecho, el ego tiene estar por siempre a salvo de la amenaza de la verdad por nuestra creencia en el pecado, el cual proyectamos en un intento mal-adaptativo de deshacernos de él viéndolo en cuerpos que creemos que están separados de nosotros.

(VII.1:10-11) Y esto no cambiará. Sin embargo, ¿sería posible que lo que Dios no creó compartiese los atributos de Su creación, cuando se opone a ella desde cualquier punto de vista?

La creación de Dios es inmutable, y la aparente inmutabilidad del pecado se

burla de la realidad del Cielo, de la cual el ego se jacta de que él también ha

hecho algo que no cambia. En este sistema de pensamiento delirante seguimos siendo pecadores para siempre, y el mundo es necesario como

una defensa para ocultar nuestro pecado y poder verlo en todas partes menos en la mente.

(VII.2:1-8) Es imposible que el deseo de morir del “pecador” sea tan fuerte como la Voluntad de Dios por la vida. Tampoco es posible que los

cimientos de un mundo que Él no creó fuesen tan firmes y seguros como el Cielo. ¿Cómo iba a ser posible que el Cielo y el infierno fuesen lo mismo? ¿Y cómo podría ser que lo que Su Voluntad no dispuso no se pudiese cambiar? ¿Qué otra cosa aparte de Su Voluntad es inmutable? ¿Y qué puede compartir sus atributos, excepto ella misma? ¿Qué deseo puede alzarse contra Su Voluntad, y ser inmutable? Si pudieses darte cuenta de que lo único que es inmutable es la Voluntad de Dios, este

curso no te resultaría difícil.

Esto explica por qué Un Curso de Milagros es tan difícil de aprender. No creemos que la Voluntad de Dios sea inmutable. Por el contrario, creemos

que la hemos convertido en la voluntad del ego. Como el especialismo enseña, no fuimos creados por Dios, sino que fuimos creados por nosotros

mismos. El ego se resiste a los intentos de Jesús de hacernos reconocer que

el cambio original es la causa del mundo, porque si miramos hacia adentro

a la Expiación, nos daríamos cuenta de que no hubo ningún cambio en absoluto; y que, por lo tanto, no hay pecado y no hay nosotros. Este miedo a

perder nuestro yo especial es lo que hace que el Curso parezca difícil.

El

Cielo y el infierno no son lo mismo, y el cambiante ego no puede sobrevivir

en la presencia de la Voluntad inmutable que compartimos con Dios.

Por lo

tanto, el pecado – en la mente y el cuerpo – es nuestra armadura y escudo,

protegiéndonos de la verdad inmutable que Jesús continuamente nos ofrece.

(VII.2:9-10) No obstante, eso es precisamente lo que no crees. Sin embargo, no podrías creer nada más, sólo con que vieses lo que realmente es.

Nuestra orquesta entona este tema: "sólo con que vieses". Si miramos el

sistema de pensamiento del ego construido sobre el pecado, veríamos que

no hay nada allí. Anticipando lo que finalmente será, el ego rápidamente

quita el yo separado de la mente y lo coloca en el cuerpo, dejando caer un

velo para protegernos y nunca poder regresar dentro. Atrapados en un mundo sin mente, no somos capaces de soltar el ego a través de la aceptación en la mente de la Expiación inmutable.

(VIII.3:1-2) Existe una clase de justicia en la salvación de la que el mundo no sabe nada. Para el mundo, la justicia y la venganza son lo

mismo, pues los pecadores ven la justicia únicamente como el castigo que merecen, por el que tal vez otro debe pagar, pero del que no es posible escapar.

Jesús habla ahora de la noción del ego de uno u otro, su versión de justicia

en la que el pecado es castigado. Como merecemos una acción punitiva

debido a nuestra pecaminosidad; proyectamos nuestro pecado sobre otro

para que sea él el que merezca la venganza. Este castigo por la maldad

percibida es como el mundo define lo que es justo, y esperamos contra toda

esperanza poder escapar de la ira de Dios haciéndole creer a Él que estos

malvados son los pecadores. A lo largo de esta farsa, sin embargo, el pecado de nuestra mente permanece en silencio generando la necesidad de

culpar a los demás en una desafiante demostración de justicia.

(VIII.3:3-7) Las leyes del pecado exigen una víctima. Quién ha de ser la víctima es irrelevante. Pero el costo no puede ser otro que la muerte, y tiene que pagarse. Esto no es justicia, sino demencia. Sin embargo, allí donde el amor significa odio, y la muerte se ve como la victoria y el triunfo sobre la eternidad, la intemporalidad y la vida, ¿cómo se podría definir la justicia sin que la demencia formase parte de ella?

La versión del mundo de la justicia es la nuestra propia, la cual proviene del

pensamiento de que triunfamos sobre Dios y Cristo. Como sobrevivimos

como un ego original atacando el amor y la vida eterna, triunfar sobre otros

se convierte en nuestro medio continuo de supervivencia. No importa a quién atacemos, siempre y cuando atacemos a alguien. Las proyecciones

de culpa son indiscriminadas porque sirven al mismo objetivo de exigir el

sacrificio de alguien visto como diferente de nosotros.

(VIII.4:5-10) La justicia no exige ningún sacrificio, pues todo sacrificio se hace a fin de perpetuar y conservar el pecado. El sacrificio es el pago

que se ofrece por el costo del pecado, pero no es el costo total. El resto se toma de otro y se deposita al lado de tu pequeño pago, para así “expiar” por todo lo que quieres conservar y no estás dispuesto a abandonar. De esta forma consideras que tú eres en parte la víctima, pero que alguien más lo es en mayor medida. Y en el costo total, cuanto más grande sea la parte que el otro pague, menor será la que pagues tú.

Y la justicia, al ser ciega, queda satisfecha cuando recibe su pago, sin que le importe quien es el que paga.

Si vamos a existir, alguien tiene que perder, como en el momento original

cuando Dios fue sacrificado para que nuestro yo separado ganara. En consecuencia, el mundo funciona cuando tratamos febrilmente de deshacernos del pecado culpando a los demás. Sin embargo, en realidad

retenemos el pecado, ya que las ideas no abandonan su fuente, a pesar del

pensamiento loco de que otras personas pueden ser castigadas en lugar de

nosotros. Impulsados a culpar continuamente a los demás, buscamos hacerles pagar por nuestro pecado proyectado. Esto explica nuestra tremenda necesidad de encontrar el mal fuera de la mente al esforzarnos por

encontrar fallas a través del juicio a otro.

(VIII.5) ¿Cómo iba a ser eso justicia? Dios no sabe de eso. Pero sí sabe lo que es la justicia, y lo sabe muy bien. Pues Él es totalmente justo con

todo el mundo. La venganza es algo ajeno a la Mente de Dios precisamente porque Él conoce la justicia. Ser justo es ser equitativo, no vengativo. Es imposible que la equidad y la venganza puedan coexistir, pues cada una de ellas contradice a la otra y niega su realidad.

No puedes compartir la justicia del Espíritu Santo mientras de alguna manera tu mente pueda concebir ser especial. Sin embargo, ¿sería Él justo si condenase a un pecador por los crímenes que éste no cometió aunque él crea que los cometió? ¿Y adónde habría ido a parar la justicia si Él les exigiese a los que están obsesionados con la idea del castigo que, sin ninguna ayuda, la dejaran de lado y percibiesen que no

es verdad?

Este es el Dios que el ego no conoce, pero sabe que, si la mente tomadora

de decisiones elige la justicia en lugar de la venganza, el perdón en lugar

del ataque, pierde el fundamento de su existencia y debe perecer. El especialismo viene a su rescate cuando el ego fragmenta al único Hijo de

Dios en partes especiales, algunas para ser canibalizadas (amor especial) y

otras para ser asesinadas (odio especial). La justicia de Dios, que abarca a

toda la creación por igual, es desterrada de la mente, y su lugar es tomado

por la "justicia" del "inocente", triunfando sobre el pecador culpable que ha

de ser castigado. De esta manera reina la venganza suprema en el reino del

ego, y Dios y Su justicia están muertos.

Pasamos al corazón del cuadro de la mentalidad-errada del gráfico, donde el

Creador se transforma de un Dios de justicia, Cuyo Espíritu Santo ve a todos como iguales, a un Dios loco que exige castigo por el pecado de separación:

(VIII.6:1-5) A los que todavía creen que el pecado tiene sentido les resulta extremadamente difícil entender la justicia del Espíritu Santo. No pueden sino creer que Él comparte su confusión, y, por lo tanto, no pueden evadir la venganza que forzosamente comporta su propia creencia de lo que es la justicia. Y así, tienen miedo del Espíritu Santo y

perciben en Él la "ira" de Dios. Y no pueden confiar en que no los va a aniquilar con rayos extraídos de las "llamas" del Cielo por la Propia Mano iracunda de Dios. Creen que el Cielo es el infierno, y tienen miedo del amor.

La realidad del pecado se basa en nuestro ataque percibido al amor y la

Unidad del Cielo. El ADN del ego, por así decirlo, es el pensamiento de uno u otro (uno vive, otro muere), el cual da sentido a su existencia y promueve su forma de justicia. Yendo un paso más allá, esto significa que

alguien debe pagar por lo que hicimos, siendo justo que encontremos a los

malhechores que serán castigados. Al hacerlo, emergemos inocentes e impecables: uno u otro.

Dado que así es como pensamos, esta debe ser la manera en que Dios y el

Espíritu Santo también piensan – la proyección da lugar a la percepción.

Necesitamos recordar que nuestra propia existencia se basa en la idea de

que nosotros ganamos y Dios perdió. Como ahora Él está (erróneamente)

creado a nuestra semejanza, Él cree en esta locura, un insulto que Él está

ansioso por corregir a nuestras expensas. Atravesando nuestras murallas

defensivas, lanzará un rayo vengativo tras otro hasta que logre recuperar la

vida que le robamos. Por increíble que parezca, esta locura patente sigue

siendo nuestra elección y es la fuente del mundo que vemos. Sin embargo,

el Dios verdadero espera pacientemente más allá de nuestro yo miserable y

lleno de pecado a que regresemos a la cordura y a Su Amor.

(VIII.6:6-8) Y cuando se les dice que nunca han pecado, les invade una profunda sospecha y el escalofrío del miedo. Su mundo depende de la estabilidad del pecado. Y perciben la “amenaza” de lo que Dios entiende por justicia como algo más destructivo para ellos y para su mundo que la venganza, la cual comprenden y aman.

Por eso nos sentimos tan cómodos con el odio, la venganza y el asesinato –

tanto como individuos como miembros colectivos de la sociedad –

llamándolos justicia. Dado que nuestro yo individual no puede existir dentro del sistema de pensamiento de la inocencia, la realidad libre de pecado de Cristo nunca va a ser perdonada porque es la mayor amenaza a

nuestro especialismo.

(VIII.7:1) Y así, piensan que perder el pecado sería una maldición.

Sin pecado no podemos vivir, por eso maldecimos la impecabilidad como una blasfemia para el sistema de pensamiento del ego, razón por la cual “para el ego, los inocentes [o impecables] son culpables” (T-13.II.4:2). (VIII.7:2-4) Y huyen del Espíritu Santo como si de un mensajero del infierno se tratase, que hubiese sido enviado desde lo alto, disfrazado de amigo y redentor, para hacer caer sobre ellos la venganza de Dios valiéndose de ardid y engaños. ¿Qué otra cosa podría ser Él para ellos, sino un demonio que se viste de ángel para engañarles? ¿Y qué escape les puede ofrecer, sino la puerta que conduce al infierno, la cual, sin embargo, parece ser la puerta al Cielo? Esta es la puerta que nos ofrece la religión organizada, especialmente en Occidente. La atravesamos hacia el infierno siguiendo el sistema de justicia de Dios: uno gana, otro pierde. Por ejemplo, las ovejas inocentes pasan, mientras que las cabras culpables quedan para ser destruidas. El amor del Jesús bíblico no abraza a todas las personas, sino solo a quienes lo abrazan a él y a sus verdaderos seguidores. Curiosamente, cada evangelio tiene su propia definición de las "buenas personas", al igual que San Pablo. Ninguno de los evangelistas, ni San Pablo, abrazó a todos los Hijos de Dios. Ellos, como cada uno de nosotros, estaban aterrorizados por la justicia de Dios, la cual es el Amor todo-inclusivo por la Unidad de Cristo. Ya hemos visto cómo el ego trabaja su perverso sentido de justicia a través del cuerpo, que perpetúa la percepción de las diferencias al demostrar que algunos son pecadores mientras que otros son inocentes. (IX.1) ¿Qué otra cosa sino la arrogancia podría pensar que la justicia del Cielo no puede eliminar tus insignificantes errores? ¿Y qué podría

significar eso, sino que son pecados y no errores, eternamente incorregibles y a los que hay que corresponder con venganza y no con justicia? ¿Estás dispuesto a que se te libere de todas las consecuencias del pecado? No puedes contestar esta pregunta hasta que entiendas todo lo que implica la respuesta. Pues si contestas "sí" significa que renuncias a todos los valores de este mundo en favor de la paz del Cielo. Significa también que no vas a conservar ni un solo pecado ni a abrigar ninguna duda de que esto es posible que le permitiese al pecado

conservar su lugar. Significa asimismo que ahora la verdad tiene más valor para ti que todas las ilusiones. Y reconoces que la verdad tiene que ser revelada, ya que no sabes lo que es.

Nuestra felicidad reside en la mente tomadora de decisiones y en ningún

otro lugar. Al tomar la mano de Jesús, estamos llevando suavemente nuestras fragmentadas percepciones erróneas del Hijo de Dios a su origen

en la mente errada. Mirando la horrible decisión en favor del ego, elegimos

de nuevo, diciendo en efecto: "He dejado de valorar un sistema de pensamiento de separación, ataque y castigo. En cambio, elijo la Unidad del

Cielo como mi Ser, viendo en cada fragmento aparentemente separado de la

Filiación una imagen de la Santidad de Cristo que compartimos como uno".

Estamos alegres y agradecidos de habernos equivocado, hemos reconocido

por fin que la diminuta y alocada idea de la separación no tuvo ningún efecto en la justicia perfecta y amorosa de Dios. La ilusión del pecado no

pudo cambiar la realidad inmutable de Su Hijo inocente, y nosotros somos

ese Hijo.

Propósito – la proyección da lugar a la percepción.

(I.2:2) La percepción te dice que tú te pones de manifiesto en lo que ves.

Discutimos el principio de que la proyección da lugar a la percepción en el

capítulo anterior, también antes, y lo vemos de nuevo aquí. La percepción es el medio para servir al fin del ego de probar que el mundo separado y externo es real, lo que significa que el mundo separado e interno también es real. Por lo tanto, no somos tal como Dios nos creó.

(I.2:3-4) Si contemplas el cuerpo, creerás que ahí es donde te encuentras tú. Y todo cuerpo que veas te recordará a ti mismo: tu pecaminosidad, tu maldad, pero sobre todo tu muerte.

Esto se debe a que "las defensas dan lugar a lo que quieren defender" (T17.IV.7:1). Vemos la maldad en los demás y sabemos en cierto nivel, que

esta es la proyección de la mente de la maldad percibida en nosotros mismos para escapar de una muerte segura. Como ya hemos observado, la

necesidad de una defensa nos dice que hay algo real en nosotros (pecado)

que necesita ser defendido; de lo contrario, ¿para qué lo estaríamos defendiendo?

(I.2:5) ¿No aborrecerías e incluso intentarías matar a quien te dijese algo así?

Continuamente buscamos arrojar a otros por el precipicio (T-24.V.4:2), y

ningún precipicio es demasiado profundo como para sostener a todos los

que condenamos a muerte. Mientras más gente tiramos, más libres pensamos que somos, lo cual sólo sirve para reforzar nuestra culpa.

Una vez

más, "las defensas dan lugar a lo que quieren defender". Para poder satisfacer nuestra necesidad de preservar la culpa, es imposible no sentirnos

obligados a buscar y encontrar gente vilmente malvada para atacarla en

nombre de nuestro especialismo. Y cada vez que lo hacemos, los odiamos

mucho más porque nos recuerdan al pecador que secretamente creemos que

somos.

(I.2:6-8) El mensaje y el mensajero son uno. Y no puedes sino ver a tu

hermano como te ves a ti mismo. Enmarcado en su cuerpo verás su pecaminosidad, en la que tú te alzas condenado. En su santidad, el Cristo en él se proclama a Sí Mismo como lo que eres tú.

Las ideas no abandonan su fuente. El mensaje del pecado y el mensajero

pecaminoso son lo mismo; no podemos estar separados de lo que proyectamos. La condenación del cuerpo de otra persona es un ataque oculto a nuestra pecaminosa mente.

(II.1:1) ¿No es evidente que lo que perciben los ojos del cuerpo te infunde miedo?

Los ojos del cuerpo deben engendrar miedo, porque fueron hechos para ver

una amenaza externa que nos afecta, amenazando nuestra inocente existencia. Esta percepción errónea justifica la necesidad de defendernos a

través de ataque, perpetuando nuestros "pecados secretos y odios ocultos"

(T-31.VIII.9:2) que son la fuente del miedo.

(II.1:2-6) Tal vez pienses que aún puedes encontrar en ello alguna esperanza de satisfacción. Tal vez tengas fantasías de poder alcanzar cierta paz y satisfacción en el mundo tal como lo percibes. Mas ya tiene

que ser evidente para ti que el desenlace es siempre el mismo. A pesar de tus esperanzas y fantasías, el resultado final es siempre la desesperación. Y en esto no hay excepciones ni nunca las habrá.

Demasiado desesperanzador es el encontrar la felicidad y la paz aquí.

Los

verdaderamente honestos se dan cuenta de que nada funciona aquí, e incluso cuando parece que sí, no dura. Además, incluso cuando el mundo

parece darnos lo que queremos, creemos en los oscuros recovecos de nuestra mente que nos será quitado porque Dios nunca nos dejará ser felices. ¿Cómo podría Él tolerar la felicidad en aquellos que pecaron contra

Él? Dado que la desesperanza es la situación del mundo, Jesús plantea esta

pregunta:

(II.2:1-2) ¿No es extraño que aún abrigues esperanzas de hallar satisfacción en el mundo que ves? Pues se mire como se mire, tu recompensa, en todo momento y situación, no ha sido sino miedo y

culpabilidad.

Dado que esta no es nuestra experiencia habitual, Jesús nos enseña lo verdaderamente doloroso que es vivir aquí. Una vez más, a pesar de los

momentos de respiro en los que parece que satisfacemos nuestras necesidades, dichas satisfacciones desaparecen y finalmente nos quedamos

con el sabor amargo de la desesperación que define nuestra existencia mundana.

(II.2:3-6) ¿Cuánto tiempo necesitas para darte cuenta de que la posibilidad de que esto cambie no justifica el que sigas posponiendo el cambio que puede dar lugar a algo mejor? Pues una cosa es segura: la manera en que ves y has estado viendo por largo tiempo, no te ofrece nada en que basar tus esperanzas acerca del futuro ni indicación alguna de que vayas a tener éxito. Poner tus esperanzas en algo que no

te ofrece ninguna esperanza no puede sino hacerte sentir desesperanzado. No obstante, esta desesperanza es tu elección, y persistirá mientras sigas buscando esperanzas allí donde jamás puede haber ninguna.

¿Por qué persistimos en esperar y esperar cuando Jesús nos ofrece la oportunidad de aliviar nuestro dolor ahora? Hace su entrada el tema de buscar y hallar: el ego nos hace buscar la esperanza en el mundo, sabiendo

plenamente bien, que nunca la encontraremos allí. Buscar externamente la

esperanza refuerza la creencia de la mente en la culpa, re-creando el instante original cuando miramos más allá del Cielo en busca del amor, diciéndole a Dios que el Suyo no era suficiente. Tal inutilidad nos impulsa,

paradójicamente, a buscar el remedio en el exterior, lo cual refleja el desesperante círculo de desesperanza del ego. La verdadera esperanza

reside solo en volver a la mente donde se hizo una elección equivocada, y

como todavía se está haciendo, la podemos cambiar. Jesús continúa:

(II.3) Mas ¿no es cierto también que aparte de esto has encontrado alguna esperanza, un cierto vislumbre – inconstante y variable, aunque levemente visible – de que está justificado tener esperanzas basándote en razones que no son de este mundo? Sin embargo, tu esperanza de

todavía poder encontrar esperanzas en este mundo te impide abandonar la infructuosa e imposible tarea que te impusiste a ti mismo.

¿Cómo iba a tener sentido albergar la creencia fija de que hay razón para seguir buscando lo que nunca dio resultado, basándose en la idea de que de repente tendrá éxito y te proporcionará lo que nunca antes te había proporcionado?

Esta es la función del especialismo, que busquemos y nunca hallemos lo

que realmente queremos. Al poner nuestra atención en el cuerpo – el nuestro y los demás – en busca de la esperanza de placer, el ego nunca nos

permite mirar a la mente tomadora de decisiones, la verdadera fuente de

esperanza. Haciendo eco del salmista, Jesús nos pregunta lastimeramente en

el libro de ejercicios: "¿Hasta cuándo, santo Hijo de Dios, vas a seguir demorándote, hasta cuándo?" (L-Pll.4.5:8). ¿Cuánto tiempo necesitamos

pasar por tanto dolor hasta admitir – ¡felizmente! – que estábamos equivocados y él tenía razón? Aquí no hay esperanza.

El tema de forma (marco) y contenido (imagen), vuelve:

(II.4:1-3) En el pasado siempre fracasó. Alégrate de que haya desaparecido de tu mente y de que ya no nuble lo que se encuentra allí.

No confundas la forma con el contenido, pues la forma no es más que un medio para el contenido.

El especialismo, arraigado en el pasado ilusorio, ha fracasado porque su

propósito es fallar: busca, pero no halles es el mantra reinante del ego. Cuando finalmente reconocemos el dolor intrínseco de la relación especial

(el precio de la culpa), nos alegraremos de habernos equivocado, habiendo

desviado la atención del ego de la forma a su contenido. El cuerpo especial,

con sus aparentes placeres y dolores, es la manera como el ego logra su

meta de la culpa, el dolor y la muerte. El verdadero placer proviene

únicamente de que la mente elija la Expiación, la Voluntad de Dios en la

tierra (T-1.VII.1:4), ya que el dolor es una decisión contra ella.

Nuevamente, "la forma no es más que un medio para el contenido" siendo

nada más que la forma en que expresamos el propósito del ego o del Espíritu Santo.

(II.4:4-6) Y el marco no es sino un medio para sostener el cuadro de manera que éste se pueda ver. Pero el marco que oculta el cuadro no sirve para nada. No puede ser un marco si eso es lo que ves.

El propósito de un marco es sostener el cuadro para que se vea. El propósito

del ego para el marco del especialismo, en cambio, es llamar la atención

sobre él ocultando su imagen de culpa, escondiendo a su vez nuestra identidad como mentes tomadoras de decisiones. El cuerpo, y específicamente la relación especial, es el marco que esconde no solo la

culpa de la mente, sino su imagen del perdón, nuestro camino a casa. Cuando llevamos nuestras relaciones al Espíritu Santo, sin embargo, Él las

usa para regresarnos a Su contenido de inocencia. El cuerpo se convierte en

un vehículo que se usa únicamente para comprender que el mundo exterior

es una proyección del interior, donde el marco del Espíritu Santo resalta la

imagen de la mentalidad-correcta en lugar de ocultarla.

(II.4:7-8) Sin el cuadro, el marco no tiene sentido, pues el propósito de éste es resaltar el cuadro, no a sí mismo.

El propósito de un marco es resaltar el atractivo del cuadro. No solemos

elegir un cuadro para resaltar el marco. Hemos visto cómo el ego se enfoca

solo en el marco (la forma del cuerpo) a expensas del cuadro (el contenido

de la mente).

(II.5:1-2) ¿Quién colgaría un marco vacío en la pared y se pararía delante de él contemplándolo con la más absoluta reverencia, como si de una obra maestra se tratase? Mas si ves a tu hermano como un

cuerpo, eso es lo que estás haciendo.

Jesús nos anima a mirar el cuerpo desde el punto de vista del propósito de

separación y ataque del ego, diseñado para probar que el pecado es real. Al

abrir nuestros ojos a la verdad, vemos que el contenido del ego es la nada

pretendiendo ser algo (es decir, el cuerpo). Es por eso que la culpa no necesita defensa, solo nuestro reconocimiento silencioso de lo que es y por

qué la hemos elegido. Volvamos ahora al propósito de la percepción:

(I.3:1-3) La percepción es la elección de lo que quieres ser, del mundo en el que quieres vivir y del estado en el que crees que tu mente se encontrará contenta y satisfecha. La percepción elige donde crees que reside tu seguridad, de acuerdo con tu decisión. Te revela lo que eres tal

como tú quieres ser.

Miramos dentro y decidimos si creer en el ego o en Jesús. Si elegimos el

ego, queremos el mundo para albergar el pensamiento de la separación con

el propósito de preservar nuestro yo especial, manteniendo el pecado a

expensas de otro. Si, por otro lado, queremos la Expiación, percibiremos el

mundo como una oportunidad para revelar lo que tenemos en la mente; de

hecho, que tenemos una mente. Esta inversión de la proyección es el propósito de Jesús para el cuerpo, el cual corrige el propósito del ego de

mantener su estado separado y odioso a través de las percepciones de especialismo.

(I.3:4-6) Y es siempre fiel a tu propósito, del que nunca se aparta, y no da el más mínimo testimonio de nada que no esté de acuerdo con el propósito de tu mente. Lo que percibes es parte de lo que tienes como propósito contemplar, pues los medios y el fin nunca están separados. Y

así aprendes que lo que parece tener una vida aparte en realidad no tiene vida en absoluto.

El cuerpo no está separado de la mente (las ideas no abandonan su fuente):

el propósito que la mente le atribuye al mundo permanece en la mente,

aunque, por el contrario, la percepción miente. Si el propósito es hacer que

la culpa sea real, la percepción del cuerpo reafirmará este propósito al demostrar que la separación es un hecho, justificando la culpa que merece

castigo. Empleando la magia del ego, crearemos que otros deben ser castigados en lugar de nosotros. Pero si nuestro propósito es aceptar la Expiación y despertar del sueño, el mundo será visto como un salón de clases en el que se curan nuestras mentes.

La siguiente sección es "Percepción y elección", donde Jesús amplía los principios que hemos estado discutiendo:

(III.1:1-2) En la medida en que atribuyas valor a la culpabilidad, en esa misma medida percibirás un mundo en el que el ataque está justificado.

En la medida en que reconozcas que la culpabilidad no tiene sentido, en

esa misma medida percibirás que el ataque no puede estar justificado.

El ataque se justifica cuando creemos que alguien más es el miserable pecador y merece el castigo exigido por nuestro pecado. Sabemos que nuestros pensamientos de ataque corporal – en pensamiento, palabra y

hecho – son generados por la culpa de la mente, la prueba definitiva de que

ha ocurrido la separación pecaminosa. Sin embargo, cuando nuestros tomadores de decisiones elijan la inocencia del Hijo de Dios como la realidad, el ataque no tendrá sentido, ya que no habrá culpa que defender.

(III.1:3-6) Esto concuerda con la ley fundamental de la percepción: ves lo que crees que está ahí, y crees que está ahí porque quieres que lo esté. La percepción no está regida por ninguna otra ley que ésta. Todo lo

demás se deriva de ella, para sustentarla y darle apoyo. Ésta es la forma que, ajustada a este mundo, adopta la percepción de la ley más básica de Dios: que el amor crea amor y nada más que amor.

Vemos el mundo porque lo pusimos allí, con el deseo de demostrar que el

pensamiento malintencionado de un yo separado es real. Esta es una variación de la proyección da lugar a la percepción: miramos dentro de la mente, decidimos lo que queremos y lo proyectamos, y así lo percibimos.

En el mundo del conocimiento del Cielo, la misma dinámica es la ley de la

extensión. Lo que hay en la Mente de Dios es el Hijo que Él crea (o extiende), como el libro de ejercicios dice: “El Amor me creó a

semejanza

de Sí Mismo” (L-pl.67).

(III.2) Las leyes de Dios no pueden gobernar directamente en un mundo regido por la percepción, pues un mundo así no pudo haber sido creado por la Mente para la cual la percepción no tiene sentido.

Sus leyes, no obstante, se ven reflejadas por todas partes. No es que el mundo donde se ven reflejadas sea real en absoluto. Es real sólo porque

Su Hijo cree que lo es, y Dios no pudo permitirse a Sí Mismo separarse completamente de lo que Su Hijo cree. Él no pudo unirse a la demencia de Su Hijo, pero sí pudo asegurarse de que Su cordura lo acompañase siempre, para que no se pudiese perder eternamente en la locura de su deseo.

El Dios de la unidad no-dualista (conocimiento) no puede haber creado un

mundo dualista de sujeto y objeto (percepción). No obstante, las leyes del

amor, la unidad y la vida eterna de Dios se reflejan aquí a través del reconocimiento de nuestra necesidad y propósito en común. Cuando nos

quedamos dormidos y empezamos a soñar, nos llevamos con nosotros el

recuerdo de Quienes somos como Cristo. Este es el Espíritu Santo y Su principio de Expiación, y por eso nunca podemos estar totalmente locos.

Queda un lugar de cordura en la mente, que el mundo fue hecho para ocultarlo, en el que aprendemos de nuestro Maestro que la ilusión puede

servir al propósito de la verdad. Se nos ha enseñado que el mundo de la

percepción es un aula que refleja la Unidad del Cielo, incluso en medio del

mundo caótico de separación y fragmentación del ego.

(III.3:1-4) La percepción se basa en elegir, pero el conocimiento no. El conocimiento está regido por una sola ley porque tiene un solo Creador.

Pero este mundo fue construido por dos hacedores que no lo ven de la misma manera. Para cada uno de ellos el mundo tiene un propósito diferente, y es el medio perfecto para apoyar el objetivo que se percibe.

Esta es la razón por la que el Dios Creador no tiene nada que ver con el

mundo perceptivo, el universo fenoménico de división y muerte.

Nuestro

mundo, sin embargo, tiene dos hacedores – el ego y el Espíritu Santo – quienes reflejan su diferente propósito. El objetivo del ego para su mundo

de especialismo es la separación, mientras que el del Espíritu Santo es despertarnos del sueño de la culpa, el odio y la muerte a través del perdón.

(III.3:5-6) Para aquel que desea ser especial, es el marco perfecto en el que manifestar su deseo: el campo de batalla perfecto para librar sus guerras y el refugio perfecto para las ilusiones que quiere hacer reales. No hay ninguna ilusión que en su percepción no sea válida ni ninguna que no esté plenamente justificada.

El mundo del especialismo comienza como un pensamiento en la mente y

parece emerger como el mundo que experimentamos como real: el campo

de batalla proyectado en el que la verdad y la ilusión parecen estar compitiendo por nuestra atención especial.

(III.4:1-3) El mundo tiene otro Hacedor, el Corrector simultáneo de la creencia desquiciada de que es posible establecer y mantener algo sin un vínculo que lo mantenga dentro de las leyes de Dios, no como la ley en sí conserva el universo tal como Dios lo creó, sino en una forma que se adapte a las necesidades que el Hijo de Dios cree tener. No obstante,

error corregido es error eliminado. Y de este modo, Dios ha seguido protegiendo a Su Hijo, incluso en su error.

La palabra "Hacedor" se escribe con mayúscula porque se refiere al Espíritu Santo. Él no es el Creador, ya que el mundo perdonado que Él nos ofrece, en última instancia el mundo real, es ilusorio. Su mundo contiene la corrección de Expiación que aguarda nuestra elección de deshacer la creencia de la mente en la separación que fabricó el universo de los cuerpos. Esta corrección es el milagro, el cual nos devuelve a la mente tomadora de decisiones donde se cometió el error, permitiendo que Jesús corrigiera el mal uso del mundo por parte del ego. Como el mundo fue fabricado para poder matar, primero debe convertirse en un lugar en el que la Filiación se cura a través de sueños felices, para más tarde despertar del sueño por completo, un tema que pronto regresará en nuestra sinfonía. (III.5:1) En el mundo al que el error dio lugar existe otro propósito porque el mundo tiene otro Hacedor que puede reconciliar el objetivo del mundo con el propósito de Su Creador. El propósito de Dios es crear o extender, reflejado aquí por el perdón del Espíritu Santo (la extensión de la mentalidad-correcta). (III.5:2-4) En Su percepción del mundo, no hay nada que no justifique el perdón y la visión de la perfecta impecabilidad; nada que pueda ocurrir que no encuentre perdón instantáneo y total, ni nada que pueda permanecer un solo instante para empañar la impecabilidad que brilla inmutable más allá de los fútiles intentos del especialismo de expulsarla de la mente – donde no puede sino estar – e iluminar al cuerpo en su lugar. Vemos aquí una declaración más de la estrategia del ego de desplazar el especialismo desde la mente al cuerpo, donde su remedio – la distorsión del amor (la relación especial) – se encuentra y se aprecia. El ego nos dice que el problema radica en el mundo de la pecaminosa oscuridad de otro, y la

solución es que logremos un especialismo lleno de luz. Por supuesto, esta es solo una ilusión de luz, porque la oscuridad de la culpa permanece, envuelta en las sombras de la mente y el cuerpo. Recuerda que el objetivo del ego es hacer que la culpa sea real, pero que se perciba fuera de la mente. Como corrección, Jesús usa el mundo del pecado para llevar nuestra atención al sistema de pensamiento del pecado, y luego más allá a la impecabilidad del Hijo de Dios. Cuando nosotros somos devueltos a la inocencia de la mentalidad-correcta, la ley de la proyección da lugar a la percepción nos permite ver sólo expresiones de esta inocencia en otros, o su petición. Ninguna otra percepción está justificada en el mundo ilusorio de la existencia.

(III.5:5-6) Los luceros del Cielo no son para que tu mente elija donde los quiere ver. Si elige verlos en otra parte que no sea su hogar, como si estuviesen arrojando su luz sobre un lugar donde jamás podrían estar, entonces el Hacedor del mundo tiene que corregir tu error, pues de otro modo te quedarías en las tinieblas, donde no hay luceros. Tenemos ilusiones de la luz de la impecabilidad en nuestro ser corporal, haciéndole pagar el precio del pecado a otra persona: la versión pervertida de la justicia del ego (uno u otro). Respondiendo a esta locura, el Espíritu Santo comienza Su obra sanadora con nuestras percepciones del mundo, donde creemos que estamos, y cambia nuestra atención hacia la mente donde la creencia en la pecaminosidad se entiende como nada más que una endeble defensa contra la inocencia del Hijo de Dios.

(III.6:1-3) Todo aquel que se encuentra aquí ha venido a las tinieblas,

pero nadie ha venido solo ni necesita quedarse más de un instante.

Pues

ha traído la Ayuda del Cielo consigo, lista para liberarlo de las tinieblas y llevarlo a la luz en cualquier momento.

La idea de que "ha traído la Ayuda del Cielo consigo" prefigura "Pues Ellos

han llegado" en el Capítulo 26. Somos los que elegimos cuándo seremos

sacados de las tinieblas, una elección nacida del darnos cuenta de que el ego

no funciona y de que no se puede encontrar esperanza o felicidad en el mundo del especia-lismo. Alzando las manos con desesperación, decimos

que debe haber otro camino, y por eso elegimos de nuevo: la luz del Espíritu Santo de los intereses compartidos en lugar del mundo sombrío de

los intereses separados y en competencia del ego.

(III.6:4-8) Esto puede ocurrir en cualquier momento que él decida, pues la ayuda está aquí, esperando tan sólo su decisión. Y cuando decida hacer uso de lo que se le dio, verá entonces que todas las situaciones que antes consideraba como medios para justificar su ira se

han convertido en eventos que justifican su amor. Oirá claramente que las llamadas a la guerra que antes oía son realmente llamamientos a la paz. Percibirá que lo que antes atacó no es sino otro altar en el que puede, con la misma facilidad y con mayor dicha, conceder perdón. Y reinterpretará cualquier tentación simplemente como otra oportunidad más de ser feliz.

Jesús nos ha dicho que su paciencia es infinita (T-5.VI.11:6), por eso no hay

necesidad de sentirse culpable cuando nuestro miedo al amor es demasiado

grande para aceptar sus enseñanzas del perdón. Además, las oportunidades

de aprendizaje permanecen con nosotros a pesar de este miedo, al igual que

los amables recordatorios de nuestro maestro de que en cualquier momento

podemos optar por ver una situación o relación de manera diferente.

Lo que

el ego hizo para atacar se transforma a través de su visión en un salón de

clases en el que aprendemos que el Hijo de Dios no puede estar en guerra,

porque permanece tal como fue creado, como uno con la Unidad del Cielo.

Así cambia un mundo de dolor y muerte por uno de alegría, mientras nuestros ojos se abren lentamente a la verdad de que viajamos juntos a casa.

La eternidad como el amor espera nuestra decisión, pero no en el tiempo.

Espera en el altar de la mente a que volvamos a elegir, por nosotros mismos

y por todos los Hijos de Dios.

(III.7:1-7) ¿Cómo podría ser que una percepción errónea fuese un pecado? Deja que todos los errores de tus hermanos sean para ti únicamente una oportunidad más de ver las obras del Ayudante que se te dio para que vieses el mundo que Él construyó en vez del tuyo.

¿Qué

puede estar entonces justificado? ¿Qué es lo que quieres? Pues estas dos preguntas son lo mismo. Y cuando hayas visto que son lo mismo, habrás tomado una decisión. Pues ver ambas preguntas como una sola es lo que te libera de la creencia de que hay dos maneras de ver.

Es así como el mundo ilusorio se convierte en un instrumento que nos lleva

más allá de las ilusiones hacia la verdad, un aula del perdón que transforma

la culpa en amor. Ninguna otra percepción en el mundo puede estar justificada, ya que todo lo que realmente queremos es tomar la mano de

Jesús y caminar a casa. La proyección da lugar a la percepción: decidimos

qué maestro guiará nuestro viaje, y esta elección determina cómo percibiremos el mundo. Elegir a Jesús nos lleva a la visión de que los pecados que exigen castigo son errores que exigen corrección, y tal como

vemos a los demás, así nos vemos a nosotros mismos. La unidad del Cielo

vuelve alegremente a la conciencia, en esta unidad de nuestras percepciones

internas y externas del perdón.

(III.7:8-9) Este mundo tiene mucho que ofrecerle a tu paz y son muchas

las oportunidades que te brinda para extender tu perdón. Tal es el propósito que encierra para aquellos que desean ver la paz y el perdón descender sobre ellos y ofrecerles la luz.

Todo lo que sucede en el mundo, cada situación y relación, tiene el potencial de transformar el propósito de nuestra mente. Necesitamos querer

cambiar de la culpa a la inocencia; de la versión de la justicia del ego en la

que uno gana y otro pierde, a la justicia del Espíritu Santo donde todos ganan y nadie pierde – la esencia del perdón.

(III.8:1-3) El Hacedor del mundo de la mansedumbre tiene absoluto poder para contrarrestar el mundo de la violencia y del odio que parece

interponerse entre Su mansedumbre y tú. Dicho mundo no existe ante Sus ojos perdonadores. Y por lo tanto, no tiene por qué existir ante los tuyos.

A través de los ojos del mundo vemos la violencia y el odio, el dolor y la

muerte – los intentos del ego de tener el mundo ilusorio cumplen su propósito oculto de probar que el pecado y la separación son reales, lo cual

sigue al principio de que uno gana a expensas de otro. ¡Qué diferente es la

visión del Espíritu Santo que no ve a través de los ojos llenos de culpa del

especialismo! La Suya es una percepción amable y perdonadora que mira

más allá de la oscuridad ilusoria a la luz unificadora de la verdad.

(III.8:4-7) El pecado es la creencia fija de que lo que se percibe no puede cambiar. Lo que ha sido condenado está condenado para siempre, al ser eternamente imperdonable. Si entonces se perdona, ello

quiere decir que haberse percibido como un pecado tuvo que haber sido un error. Y esto es lo que hace que el cambio sea posible.

La "creencia fija" es que lo que ven nuestros ojos es real, un mundo pecaminoso en el que algunos sufren y otros acaban asesinados, a veces

incluso literalmente. Tememos al perdón porque no queremos que lo “percibido como un pecado” esté equivocado: matamos a Dios y por lo tanto existimos. Si este cambio original está equivocado, hemos estado

equivocados con respecto a nosotros mismos, por lo cual luchamos tenazmente contra la noción de que el pecado es irreal. La culpa es una poderosa

aliada aquí porque da testimonio de la inmutabilidad del pecado.

Nuestros

horribles sentimientos autodesprecio y el dolor que ellos engendran, demuestran claramente que el pecado merece castigo, ya que prueba la

verdad del cambio de la unidad y que nuestra realidad separada es permanente, haciendo imposible el regreso a lo Inmutable, porque el pecado

es inmutable para siempre.

(III.8:8-13) El Espíritu Santo, asimismo, sabe que lo que Él ve se encuentra mucho más allá de cualquier posibilidad de cambio. Pero el pecado no puede inmiscuirse en Su visión, pues ha quedado corregido gracias a ella. Por lo tanto, tuvo que haber sido un error, no un pecado. Pues lo que el pecado afirmaba que nunca podría ocurrir, ha ocurrido. El pecado se ataca con castigos, y de esta manera se perpetúa. Mas perdonarlo es cambiar su estado, de manera que de ser un error pase a

ser la verdad.

El tema del pecado y el error, el castigo y la corrección, es más que familiar

en este punto, y es un enfoque principal en este capítulo. Elegir la visión

significa que estamos dispuestos a re-examinar la creencia en el irremediable pecado y admitir los errores de nuestro pensamiento y percepciones. El Hijo de Dios es inocente y en su inocencia somos sanados

juntos. La verdad nunca ha dejado de ser ella misma, y los sueños de pecado no abandonaron su origen ilusorio, lo que significa que nunca existieron.

(III.9:1-6) El Hijo de Dios no puede pecar, pero puede desear lo que le haría daño. Y tiene el poder de creer que puede ser herido. ¿Qué podría ser todo esto, sino una percepción falsa de sí mismo? ¿Y es

acaso un pecado o simplemente un error? ¿Es perdonable? ¿Necesita él

ayuda o condenación?

Recuerda el tema anterior de que somos libres de creer en ilusiones (pecado), pero no somos libres de establecer su realidad (por ejemplo, T3.VI.10:2). Como solo en los sueños se puede cambiar la verdad, solo en los

sueños el pecado que nunca sucedió puede ser castigado. El juicio perdonador del Espíritu Santo nos permite mirar a nuestra creencia errónea

sobre nosotros mismos y elegir verla de manera diferente. De esta manera

se nos ayuda a perdonar el "pecado" que nos hizo lo que no somos, liberando el recuerdo de nuestro inocente Ser que reemplaza el rostro pecaminoso que habíamos puesto sobre el santo Hijo de Dios.

(III.9:7-10) ¿Es tu propósito que él se salve o que sea condenado? No olvides que lo que decidas que él es para ti, determinará tu futuro.

Pues

estás construyendo tu futuro ahora: el instante en el que todo el tiempo

se convierte en un medio para alcanzar cualquier objetivo. Elige, pues, pero reconoce que mediante esa elección se elige el propósito del mundo

que ves, el cual se justificará.

Jesús nos pide queelijamos nuestra meta. Deseamos que nuestros hermanos

sean condenados o salvados, recordando que lo que condenamos en ellos

nos lo hacemos a nosotros mismos, y lo mismo con el perdón. Si nosotros

escogemos la separación como nuestro propósito, veremos el mundo como

real, justificando nuestro especialismo. Inevitablemente, entonces, buscaremos defender este especialismo atacando a otros, quienes se convierten en especialmente culpables y nosotros en especialmente inocentes. Sin embargo, en el instante santo se nos percibe como realmente

somos: el inocente Hijo de Dios, uno consigo mismo y con su Creador.

(IV.2:1) Podría afirmarse, por lo tanto, que la ley básica de la percepción es: "Te regocijarás con lo que veas, pues lo ves para

regocijarte”.

Este es el mismo principio articulado en la sección anterior (III.1:3). La melodía y los armónicos del tema difieren, pero su contenido de la naturaleza intencional de la percepción sigue siendo el mismo: vemos lo

que deseamos ver.

(IV.2:2) Y mientras creas que el sufrimiento y el pecado te pueden proporcionar alegría, seguirán estando ahí para que los veas.

El sufrimiento y el pecado traen alegría, ya que eso asegura que Dios castigará a otros en lugar de a nosotros mismos. Damos a otra persona el

pecado que creemos que legítimamente es nuestro, y con gusto sufrimos en

manos de esa persona para que podamos decir: “Mírame hermano, por tu

culpa muero” (T-27.I.4:6). Hicimos que los cuerpos sintieran dolor – “Así

fue como surgió lo concreto” (L-pl.161.3:1) – porque detrás de cada forma

de sufrimiento está la acusación y el dedo condenatorio que dice:

“Porque

me hiciste esto, mereces morir a manos de la justicia de Dios”. Las distorsiones de nuestro mundo percibido reflejan el sistema de pensamiento

de culpa, ataque y castigo del ego que eligió nuestra mente en lugar de la

Expiación del Espíritu Santo.

(IV.2:3-5) Nada es de por sí perjudicial o beneficioso a menos que así lo desees. Tu deseo es lo que determina los efectos que ha de tener en ti porque lo elegiste como un medio para obtener esos efectos, creyendo que eran los portadores del regocijo y de la felicidad.

Con gusto sufrimos los efectos de los pecados de nuestros hermanos para

que Dios reconozca que el pecado es de ellos y no el nuestro propio.

Este

deseo hace que nuestros pensamientos sean reales en la percepción, incluso

si son desconocidos para nosotros. Nosotros necesitamos el curso de Jesús

para levantar el velo que cayó sobre nuestras mentes, y así poder reconocer lo que hemos elegido. Solo entonces podrá existir la motivación para cambiar. Sufrir para que alguien más sea castigado es algo demente a la luz del principio del Espíritu Santo de que nadie sufre y todos ganan. El problema es la resistencia, ya que nuestra propia existencia se basa en el principio opuesto del ego de que uno pierde y otro gana, la fuente de su alegría triunfante. A pesar de esta locura patente, la salvación sólo pide una "pequeña dosis de buena voluntad" para mirar el error, el tema de nuestra próxima sección.

"La pequeña dosis de buena voluntad."

Pasamos ahora al comienzo de la sección "La restitución de la justicia al amor". Lo que hace posible este curso aparentemente imposible es que no se nos pide que cambiemos nuestras mentes acerca de quiénes somos, sino simplemente que dejemos entrar un poco a la razón. Eso es suficiente para permitir que nuestro Maestro comience el proceso de motivarnos a cambiar nuestra identidad percibida, cuando estemos listos. Este es el significado de "la pequeña dosis de buena voluntad".

(VIII.1:1) El Espíritu Santo puede usar todo lo que le ofreces para tu salvación.

Lo que le damos al Espíritu Santo son nuestras relaciones especiales. Le

pedimos Su ayuda para verlas tal como Él las ve, no buscando probar que el ego tiene razón y que la culpa es real, sino aceptando Su feliz visión que muestra que el ego está equivocado: el perdón, no la culpa, es la salvación.

(VIII.1:2-4) Pero no puede usar lo que te niegas a darle, ya que no

puede quitártelo sin tu consentimiento. Pues si lo hiciera, creerías que te lo arrebató en contra de tu voluntad. Y así, no aprenderías que tu voluntad es no tenerlo.

Jesús expresa lo que ya hemos visto muchas veces, más claramente al principio del texto cuando nos dijo que no le pidiéramos que nos quitara el

miedo. Si lo hiciera, estaría interfiriendo en la ley básica de causa (mente) y

efecto (cuerpo), depreciando así el poder de la mente para elegir (T2.VII.1:4-5). En lugar de eso, nos implora que le pidamos ayuda para eliminar las condiciones que suscitaron el miedo: el estar dispuesto (o la

decisión) de permanecer separados (T-2.VI.4:3-4).

El punto aquí es que debemos elegir el perdón para nosotros mismos.

Jesús

no puede dominar nuestras mentes eligiendo por nosotros. Sin embargo, nos

recuerda que necesitamos su ayuda para volver a elegir. Jesús no puede

elegir por nosotros, y no podemos elegir correctamente sin él. Sin hacer

nuestra parte en esta “empresa de colaboración” (T-8.IV.4:8) sentiríamos

que él nos está dominando, arrebatándonos de nuestro débil dominio el yo

al que nos aferramos. Siempre que deseemos gozar del lujo del especialismo él retrocede, y su amable presencia nos recuerda que esto no

nos hará felices. Cuando reconocemos que él tiene razón, o al menos que

nosotros estamos equivocados (“la pequeña dosis de buena voluntad”),

estaremos dispuestos a pedir y a recibir su ayuda.

(VIII.1:5) Él no necesita que estés completamente dispuesto a entregárselo, pues si ese fuese el caso, no tendrías ninguna necesidad de

Él.

No necesitaríamos a Jesús y su curso si pudiéramos cambiar nuestras mentes por completo. Esta es la razón por la que debemos ser cautelosos

con quienes dicen que lo han hecho y que debemos hacer lo mismo. No estaríamos en el mundo como cuerpos si realmente creyéramos que no estamos aquí. El hecho es que todos los estudiantes creen que son personas que están leyendo y estudiando Un Curso de Milagros. Esto enfatiza su necesidad de ayuda para aprender que son mentes, no cuerpos; una ayuda que es gentilmente paciente, al no imponer su voluntad, ya que espera la decisión de la mente de cambiar de maestro.

(VIII.1:6-8) Pero si necesita que prefieras que Él lo tome a que tú te lo quedes sólo para ti, y que reconozcas que no sabes qué es lo que no supone una pérdida para nadie. Eso es lo único que se tiene que añadir a la idea de que nadie tiene que perder para que tú ganes. Nada más. Todavía podemos aferrarnos a lo que deberíamos estar dando al Espíritu Santo, pero hay al menos una parte de nosotros que ahora está cuerda, dándonos cuenta de que seríamos más felices sin las imágenes especiales de defensa que utilizamos contra nosotros mismos. Solo necesitamos entender que no sabemos cómo vivir donde todos ganan y nadie pierde, porque esto va en contra del sistema de pensamiento que el ego hizo que el mundo reflejara, y que nosotros todavía valoramos. Jesús solo nos pide que seamos cons-cientes de que el principio de que nadie pierde y todos ganan es lo único que nos hará felices y nos dará paz.

(VIII.2:1-2) He aquí el único principio que la salvación requiere. No es necesario que tu fe en él sea firme e inquebrantable ni que esté libre del ataque de todas las creencias que se oponen a él. Afortunadamente, no tenemos que ser consistentes en nuestro aprendizaje. Nuestra necesidad, nuevamente, es solo tener una "pequeña dosis de buena

voluntad" de pedirle ayuda a Jesús porque nuestro camino nos ha llevado cada vez más profundamente a la agonía de la locura y el dolor. (VIII.2:3-9) No tienes una lealtad fija. Pero recuerda que los que ya se han salvado no tienen necesidad de salvación. No se te pide que hagas lo que le resultaría imposible a alguien que todavía está dividido contra sí mismo. No esperes poder encontrar sabiduría en semejante estado mental. Pero siéntete agradecido de que lo único que se te pide es que tengas un poco de fe. ¿Qué les puede quedar a los que todavía creen en el pecado, sino un poco de fe? ¿Qué podrían saber del Cielo y de la justicia de los que se han salvado? Aquí hay otro ejemplo de la gentileza de nuestro maestro, no solo cuando nos guía en nuestra vida personal, sino también en Un Curso de Milagros. Jesús no nos confronta con la verdad, sino que simplemente presenta el hecho de que no podemos alcanzar la salvación sin él, contra la cual, en nuestra locura, seguimos optando. Él nos dice que no necesitamos fingir que queremos el Cielo y así, podemos decir honestamente que mientras ya no deseamos el dolor de la mente dividida, todavía nos aferramos a él incluso cuando sabemos que el sufrimiento proviene de la creencia de que alguien debe pagar por el pecado. En secreto, creemos que debemos pagar el precio mediante el sacrificio, pero la proyección nos permite creer que otro puede pagarlo por nosotros. La "pequeña dosis de buena voluntad" nos hace conscientes de la locura que es la fuente de todo dolor, y que en nuestras mentes cuerdas ya no encontramos esto tolerable. Esta "señal de asentimiento a Dios" (T-24.VI.12:4) permite a Jesús cambiar el propósito de nuestras relaciones del asesinato a los milagros. La relación santa – el perdón.

Nuestro tema para esta próxima parte de este movimiento sinfónico es la relación santa, el reflejo de la Unidad del Cielo. Veremos cómo esta interactúa específicamente con el principio de la justicia: nadie pierde y todos ganan. Comenzamos con la primera sección, "El vínculo con la verdad", de los cuales los últimos tres párrafos son únicos en la medida en que Jesús proporciona la explicación más clara de por qué su curso está escrito de la manera en que lo está. Aunque la verdad es no-dualista, lo que significa que la realidad es la unidad perfecta, Un Curso de Milagros se expresa en términos dualistas, siendo esto especialmente evidente en el tratamiento del perdón. El hecho es que nosotros nos perdonarnos solo a nosotros mismos, ya que no hay nadie a quien perdonar, porque el mundo es una mera proyección. Además, el pecado que perdonamos no necesita perdón porque nunca sucedió. Si bien esto puede tener sentido intelectual, ciertamente no es nuestra experiencia. Esta es la razón por la que Jesús nos habla sobre perdonar a otra persona, como si hubiera "otra persona". Además, se nos dice que el perdón es imposible sin la ayuda del Espíritu Santo, como si Él estuviera separado de nosotros. Es importante comprender la explicación de Jesús, de lo contrario, quedaremos atrapados en la trampa dualista de creer que en realidad hay un Maestro fuera de nuestra mente individual que nos ayuda en el mundo e, incluso más concretamente, nos ayuda a perdonar a alguien fuera de nosotros. Este lenguaje se utiliza porque el cuerpo dualista es nuestra experiencia, aunque solo seamos mentes. Atrapados en la trampa del ego de la ilusión proyectada, estamos impedidos en nuestro camino de ascender

por la escalera, para luego ir más allá, al reconocimiento de que solo existe

Dios y nada más: la unidad perfecta permanece perfectamente indivisa e íntegra.

(I.5:1-2) Puesto que crees estar separado, el Cielo se presenta ante ti como algo separado también. No es que lo esté realmente, sino que se presenta así a fin de que el vínculo que se te ha dado para que te unas a

la verdad pueda llegar hasta ti a través de lo que entiendes.

"El Cielo se presenta ante ti como algo separado" se refiere al Padre, al Hijo

y al Espíritu Santo – los tres Miembros de la Trinidad – separados unos de

otros y de nuestro yo especial. Mientras que las palabras no-dualidad y dualidad no aparecen en el Curso, unidad y separación, igualdad y diferencias sí lo hacen. Una declaración no-dualista, por ejemplo, es: "Decimos "Dios es", y luego guardamos silencio ..." (L-pl.169.5:4). Por otro lado, al hablarnos de Dios el Padre, Cristo el Hijo y la Voz del Espíritu

Santo, y luego de nosotros como Hijos separados que necesitamos ayuda

divina, es el lenguaje de la condición dualista en la que pensamos que existimos. Esto significa que las palabras no deben tomarse literalmente,

sino como símbolos que podemos entender, los cuales apuntan más allá de

ellos mismos a la verdad de la Unidad y el Amor de Dios.

(I.5:3) El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son Uno, de la misma manera en que todos tus hermanos están unidos en la verdad cual uno.

Si Ellos son verdaderamente Uno, no podemos hablar realmente de tres

Personas. Recuerda que antes en el texto Jesús dice que Dios es el primero

en la Trinidad, sin segundo ni tercero (T-14.IV.1:7-8), otra corrección al no

tan velado misterio de la trinidad Cristiana de Dios el Padre, del Hijo y del

Espíritu Santo.

(I.5:4-6) Cristo y Su Padre jamás han estado separados, y Cristo mora en tu entendimiento, en aquella parte de ti que comparte la Voluntad de Su Padre. El Espíritu Santo es el vínculo entre la otra parte – el demente y absurdo deseo de estar separado, de ser diferente y especial

– y el Cristo, para hacer que la unicidad le resulte clara a lo que es realmente uno. En este mundo esto no se entiende, pero se puede enseñar.

Es imposible para las mentes dualistas entender la afirmación de que Cristo

y Su Padre son Uno, por siempre inseparables. Sin embargo, al Hijo separado se le puede enseñar a recordar esta Unidad dentro de su sueño de

dualidad, compartiendo con todas las personas el propósito común de elegir

el recuerdo de Cristo en la mente correcta en lugar del especialismo de la

mente errada. Este interés compartido refleja la unidad del Cielo que nunca

podrá ser entendida, pero puede ser conocida.

(I.6:1-4) El Espíritu Santo apoya el propósito de Cristo en tu mente, de forma que tu deseo de ser especial pueda ser corregido allí donde se encuentra el error. Debido a que Su propósito sigue siendo el mismo que el del Padre y el del Hijo, Él conoce la Voluntad de Dios, así como lo que tú realmente quieres. Pero esto sólo lo puede comprender la mente que se percibe a sí misma como una, y que, consciente de que es

una, lo experimenta así. La función del Espíritu Santo es enseñarte cómo experimentar esta unicidad, qué tienes que hacer para experimentarla y adónde debes dirigirte para lograrlo.

Dentro de la ilusión, el Espíritu Santo nos enseña el cómo (el instante santo), qué (el perdón) y adónde (las relaciones especiales) para despertar

del sueño dualista de la mente a nuestra realidad no-dualista de la Unidad

de Cristo, la cual es una con Su Fuente. Su gentil enseñanza nos lleva a través del mundo dualista de ataque y perdón – del cuerpo a la mente – a la

unificada Mente y Voluntad de Dios.

(I.7:1) De acuerdo con esto, se considera al tiempo y al espacio como si

fueran distintos, pues mientras pienses que una parte de ti está separada, el concepto de una Unicidad unida cual Una sola no tendrá sentido.

Jesús se refiere a nuestra experiencia en el mundo dualista del tiempo lineal

(pasado, presente y futuro) en el que otros cuerpos separados parecen relacionarse con nosotros. Como nuestra experiencia como criaturas temporales/espaciales nos impide entender "el concepto de una Unicidad

unida cual Una sola", Jesús nos pide que nos enfoquemos solo en el propósito que compartimos entre nosotros: caminar por un camino común

(juntos, o no en absoluto) que corrige el sistema de pensamiento de separación del ego (uno u otro).

(I.7:2-4) Es obvio que una mente así de dividida jamás podrá ser el Maestro de la Unicidad que une a todas las cosas dentro de Sí. Y, por lo tanto, lo Que está dentro de esa mente, y en efecto une a todas las cosas,

no puede sino ser su Maestro. Él necesita, no obstante, utilizar el idioma que dicha mente entiende, debido a la condición en que esta mente cree encontrarse.

Dado que la verdadera corrección, abstracta y no-específica, debe adaptarse

a las formas dualistas de nuestra condición dualista, la mente dividida traduce automáticamente su decisión en favor del Espíritu Santo en formas

que podemos reconocer. Y así, Un Curso de Milagros nos llega en palabras

(relación santa, instante santo, perdón) con las que podamos relacionarnos.

Estos símbolos son el medio para despertar del sueño de dualidad a nuestra

realidad como espíritu: el único Hijo de Dios.

(I.7:5-7) Y tiene que valerse de todo lo que ella ha aprendido para transformar las ilusiones en verdad y eliminar todas las falsas ideas acerca de lo que eres, a fin de conducirte allende la verdad que se encuentra más allá de ellas. Todo lo cual puede resumirse muy simplemente de la siguiente manera:

Lo que es lo mismo no puede ser diferente, y lo que es uno no puede tener partes separadas.

Reflejamos una verdad simple y no-dualista al reconocer que nosotros y nuestros hermanos compartimos la misma locura y la necesidad de despertar del sueño del ego al Cristo Que nos saluda como nuestro Ser. En

resumen, el Curso está escrito en lenguaje dualista, porque esa es la condición en la que creemos que nos encontramos. Comprender esto nos

ayuda a ir más allá de la creencia de que Jesús les habla a los cuerpos, ayudándonos a evitar las trampas de tomar literalmente lo que se quiere

decir simbólicamente; es decir, que el perdón ocurre entre dos personas

separadas. Es la mente la que ataca y la que perdona, y en su enseñanza

amable y gentil Jesús no exige que vayamos a donde él está. Más bien, toma nuestras manos mientras nos movemos de su reflejada presencia en el

cuerpo a su fuente en la mente sanada que está fuera del sueño.

Pasamos ahora a las expresiones de la relación santa y el perdón, continuando donde lo dejamos en nuestra discusión anterior que comparó el

uso del cuerpo por parte del ego en las relaciones especiales con colgar un

marco vacío en una pared:

(II.5:3-7) La obra maestra que Dios ha situado dentro de este marco es lo único que se puede ver. El cuerpo la contiene por un tiempo, pero no la empaña en absoluto. Mas lo que Dios ha creado no necesita marco, pues lo que Él ha creado, Él lo apoya y lo enmarca dentro de Sí Mismo. Él te ofrece Su obra maestra para que la veas. ¿Preferirías ver el marco en su lugar y no ver el cuadro?

Dios ha situado dentro de este marco la imagen de nuestra Identidad como

Cristo – la perfecta Unidad – la cual simboliza la relación santa o perdonada. Podemos decir que Jesús reformula su pregunta “¿Por qué eliges

seguir con la relación especial cuando es un marco que contiene la nada del

ego?" y entonces leemos: "Te ofrezco el marco del perdón que te permite ver que todos comparten tu propósito. Este marco te llevará más allá de todas las imágenes a Cristo, una Unicidad unida cual Una sola. Ven toma mi mano y te llevaré allí, junto con todos tus hermanos".

(II.6:1-3) El Espíritu Santo es el marco que Dios ha puesto alrededor de aquella parte de Él que tú quisieras ver como algo separado. Ese marco, no obstante, está unido a su Creador y es uno con Él y con Su obra maestra. Ése es su propósito, y tú no puedes convertir el marco en el cuadro sólo porque elijas ver el marco en su lugar.

Jesús nos insta a no convertir las relaciones corporales en algo importante.

Una relación santa no es con otro, como tampoco lo es una especial.

Las relaciones existen solo en la mente, con el ego o el Espíritu Santo. Sin embargo, al creer que estamos sin mentes, experimentamos las proyecciones de la mente como reales, percibiendo la relación especial entre nosotros y los demás. No nos damos cuenta de que su propósito es atacar nuestra culpa proyectada por unirnos al ego. El propósito no santo cambia cuando percibimos que nosotros y nuestros hermanos compartimos la misma necesidad de perdonar. Esta nueva percepción nos devuelve a la mente, al ver un propósito común que refleja la "pequeña dosis de buena voluntad" que proviene de unirnos a Jesús. Él únicamente nos pide que miremos el mundo de manera diferente, viéndolo como un marco para reflejar la imagen de la santidad que la mente tomadora de decisiones ha elegido en lugar del pecado. Nuestro cambio de propósito nos aleja de la forma del cuerpo al contenido de la mente, deshaciendo el propósito del ego que nos ataba a la forma sin mente como un medio de evitar la curación de

la mente.

(II.6:4-5) El marco que Dios le ha proporcionado apoya únicamente Su propósito, no el tuyo separado del Suyo. Es ese otro propósito que tienes lo que empaña el cuadro, y lo que, en lugar de éste, tiene al marco en gran estima.

El objetivo de la relación especial es que no sepamos de la culpa de la mente, sino que la mantengamos oculta por la proyección que nos libera del

odio a nosotros mismos. Nuestra culpa se expresa en relaciones especiales

aquí (el marco), en el que otros serán castigados en lugar de nosotros.

Esta

culpa y especialismo oscurecen la imagen llena de luz del Ser que está ligeramente enmarcada por el perdón, lista para desaparecer cuandoelijamos los intereses compartidos en lugar de los separados, siendo Dios

nuestro único objetivo.

(II.6:6-8) Mas Dios ha ubicado Su obra maestra en un marco que durará para siempre, después de que el tuyo se haya desmoronado y convertido en polvo. No creas, no obstante, que el cuadro será destruido en modo alguno. Lo que Dios crea está a salvo de toda corrupción y permanece inmutable y perfecto en la eternidad.

El marco de Dios "durará para siempre" ya que Su marco es Su Amor. Nuestro verdadero Ser también es para siempre "inmutable y perfecto", más

allá de cualquier cosa que el ego intente hacer de Él en sus sueños de pecado y odio.

(II.7:1) Acepta el marco de Dios en vez del tuyo y verás la obra maestra.

Aceptar el marco de Dios es aceptar el propósito del Espíritu Santo para las

relaciones aquí. El ego nos hizo venir al mundo para evitar que la mente

eligiera a Dios, y luego culpar a otros por nuestra miseria. El Espíritu Santo

cambia este propósito, ayudándonos a ver el mundo como un medio para

volver a la elección equivocada de la mente, en la que podemos reconocer

que las formas de especialismo no nos trajeron nada y que queremos el

Todo: el Ser en lugar del ser.

(II.7:2-3) Contempla su belleza, y entiende la Mente que la concibió, no en carne y hueso, sino en un marco tan bello como Ella Misma. Su santidad ilumina la impecabilidad que el marco de las tinieblas oculta, y arroja un velo de luz sobre la faz del cuadro que no hace sino reflejar la luz que desde ella se irradia hacia su Creador.

Jesús habla del glorioso Ser que somos, del cual el cuerpo es simplemente

una "parodia", una descripción que vimos antes (T-24.VII.10:9). No podemos conocer la verdadera santidad en este mundo, pero podemos ser su

reflejo, abandonando los velos de la oscuridad – la culpa, el especialismo, el

odio – que ocultan su luz. La dulzura del perdón dará paso a la Obra Maestra que es la Luz de Cristo en la que finalmente desapareceremos, “no

para que se nos vea sino para que se nos conozca” (T-19.IV-D.19:1).

(II.7:4-5) No creas que por haberla visto en un marco de muerte esta faz estuvo jamás nublada. Dios la mantuvo a salvo para que pudieses contemplarla y ver la santidad que Él le otorgó.

A pesar de lo que creemos haber hecho, el Amor de Cristo que es nuestro

Ser espera pacientemente en la mente a nuestro regreso. Aunque enterramos

su brillante faz debajo de nuestra culpa, buscando destruirlo, la suave luz

del perdón disuelve suavemente los finos velos del especialismo que nos

impiden recordar nuestra santidad, compartida con toda la Filiación.

(II.8:1-5) Vislumbra dentro de la oscuridad al que te salva de las tinieblas, y entiende a tu hermano tal como te lo muestra la Mente de tu

Padre. Al contemplarlo él emergerá de las tinieblas y ya nunca más verás la oscuridad. Las tinieblas no lo afectaron, como tampoco te afectaron a ti que lo extrajiste de ellas para poderlo contemplar. Su impecabilidad no hace sino reflejar la tuya. Su mansedumbre se vuelve tu fortaleza, y ambos miraréis en vuestro interior gustosamente y veréis

la santidad que debe estar ahí por razón de lo que viste en él.
Hicimos que otros sean nuestros salvadores para que nos ocultaran de la
oscuridad de la culpa, la cual todavía nos envuelve en su sombra. Pero
cuando miramos a través de los ojos de la visión y vemos el propósito
del
perdón en nuestras proyecciones, la oscuridad en la mente se revela
para
que podamos elegir en contra de ella. Mientras la luz de la inocencia
brilla a
lo lejos, al estar hasta ahora oculta por la culpa, vuelve a fluir a través
de la
mente del único Hijo de Dios que recuerda la santidad que le enseña
que es
el Hijo de Dios.
(II.8:6-8) Él es el marco en el que está montada tu santidad, y lo que
Dios le dio tuvo que habérsete dado a ti. Por mucho que él pase por
alto
la obra maestra en sí mismo y vea sólo un marco de tinieblas, tu única
función sigue siendo ver en él lo que él no ve. Y al hacer esto,
compartes
la visión que contempla a Cristo en lugar de a la muerte.
Independientemente de lo que nos hagamos el uno al otro, la verdad
de
nuestra Identidad compartida es inexpugnable, porque la mente es
afectada
solo por nuestra decisión, la cual se puede cambiar en un instante.
Esta es la
razón por la que debemos elegir el milagro, el cual nos devuelve a la
mente
tomadora de decisiones que desea mantener el secreto del ego: que
nuestra
existencia se basa en la loca premisa de que matamos a Dios. Tenemos
miedo de reconocer esta locura por lo que es, porque de ese modo
sabríamos instantáneamente que el yo especial es ilusorio. Para
perpetuar la
locura del ego, nos resistimos a mirar la obra maestra de Dios en otro,
como
seguramente la veríamos en nosotros mismos. El juicio, entonces, es el

aliado del ego en su guerra contra Dios, y la visión es su enemigo mortal.

(II.9:1-2) ¿Cómo no iba a complacer al Señor de los Cielos que aprecies Su obra maestra? ¿Qué otra cosa podría hacer sino darte las gracias a ti que amas a Su Hijo como Él lo ama?

Nuestro propósito es perdonar, pasando del marco de especialismo del ego a

su imagen de la muerte. Jesús está ayudándonos a ver todo esto como una

débil defensa que apenas puede cubrir la gloriosa imagen de nuestro Ser, al

cual amamos tal como Dios lo ama.

(II.9:3-13) ¿No te daría a conocer Su Amor, sólo con que te unieses a Él para alabar lo que Él ama? Dios ama la creación como el perfecto Padre que es. Y de esta manera, Su alegría es total cuando cualquier parte de Él se une a Sus alabanzas y comparte Su alegría. Este hermano es el perfecto regalo que Él te hace. Y Dios se siente feliz y agradecido cuando le das las gracias a Su perfecto Hijo por razón de lo que es. Y todo Su agradecimiento y felicidad refulgen sobre ti que haces

que Su alegría sea total, junto con Él. Y así, tu alegría se vuelve total.

Aquellos cuya voluntad es que la felicidad del Padre sea total, y la suya junto con la de Él, no pueden ver ni un solo rayo de obscuridad. Dios Mismo ofrece Su gratitud libremente a todo aquel que comparte Su propósito. Su Voluntad no es estar solo. Ni la tuya tampoco.

Como siempre, un pasaje como este no tiene sentido sin que reconozcamos

la unidad inherente de la Filiación, por siempre una con su Fuente. “Un hermano es todos los hermanos” (L-pl.161.4:1), lo que significa que perdonar a uno es perdonar a todos, y esto nos incluye a nosotros mismos.

La "gratitud" de Dios es simplemente el símbolo de Su Unidad, la cual no

puede ser comprometida por ideas ilusorias de especia-lismo. En Presencia

de Su Amor, ningún pensamiento de pecado o muerte puede oscurecer nuestras mentes llenas de luz, compartidas gozosamente con todos nuestros

hermanos, sin excepción.

(II.10:1) Perdona a tu hermano, y no podrás separarte de él ni de su

Padre.

Lo que tenemos en contra de Dios, lo tenemos en contra de otros; lo que

tenemos en contra de ellos, lo tenemos en contra de Él. La culpa es una,

como el perdón, y en presencia de uno, la otra desaparece, razón por la cual

la oscuridad y la luz no puede coexistir.

(II.10:2-3) No necesitas perdón, pues los que son totalmente puros jamás han pecado. Da, entonces, lo que Él te ha dado, para que puedas

ver que Su Hijo es uno, y dale gracias a su Padre como Él te las da a ti. La gratitud, nuevamente, simboliza el amor que une al Padre y al Hijo.

Para

experimentar esta gratitud debemos estar dispuestos a ver el propósito

común que nos une: un tema central de nuestra sinfonía. Este interés compartido es el reflejo en el mundo de la Unidad del Cielo, demostrado

por nuestro ser lo mismo en la ilusión y estar unidos en la verdad. La culpa

o la paz no pueden estar en uno sin estar en todos: el Hijo de Dios sigue

siendo uno – tal como fue fabricado, tal como fue creado.

(II.11:1-2) Sois lo mismo, tal como Dios Mismo es Uno, al no estar Su Voluntad dividida. Y no podéis sino tener un solo propósito, puesto que Él os dio el mismo propósito a ambos.

Repetidamente volvemos a este punto: como nuestros cerebros fueron hechos para no comprender lo que está más allá de la dualidad, no podemos

comprender la verdad no-dualista. Sin embargo, dentro de un mundo dualista se nos puede enseñar lo que significa compartir una necesidad y un

solo propósito, que lleguemos al Cielo juntos, o no en absoluto, ya que al

“arca de la paz se entra de dos en dos” (T-20.IV.6:5). Esto significa que la

salvación no puede llegar a expensas de otro, ya que la paz es imposible

cuando juzgamos, condenamos o buscamos dañar a otro. Todo esto lo

podemos aprender, y Jesús nos asegura que así lo haremos.

(II.11:3-4) Su Voluntad se unifica a medida que unes tu voluntad a la de

tu hermano, a fin de que se restaure tu plenitud al ofrecerle a él la suya.

No veas en él la pecaminosidad que él ve, antes bien, hónrle para que puedas apreciarte a ti mismo como a él.

Nos necesitamos unos a otros como recordatorios de que hay otro ser, propósito y maestro que podemos elegir. Esto se logra al reflejar la paz y la

bondad que proviene de elegir el sistema de pensamiento de impecabilidad.

Como la forma no es nada y el contenido lo es todo, no nos preocupa el

comportamiento, sino únicamente la inocencia que comparten nuestras mentes.

(II.11:5) Se os ha otorgado a cada uno de vosotros el poder de salvar, para que escapar de las tinieblas a la luz sea algo que podáis compartir,

y para que podáis ver como uno solo lo que nunca ha estado separado ni excluido de todo el Amor de Dios, el cual Él da a todos por igual.

Este tema recurrente de la igualdad del amor de Dios corrige la enseñanza

inequívoca de la Biblia que dice lo contrario. Vimos esta corrección, por ejemplo, al principio del texto donde Jesús nos dice que es diferente de nosotros solo en el tiempo, el cual no existe (T-1.II.3-4). Nuestro hermano

mayor nos pide solo nuestra “pequeña dosis de buena voluntad” para entender que compartimos un propósito y una necesidad. Aún más al punto,

él muestra cuánto no queremos reconocer nuestro interés común, aferrándonos a la mentalidad de uno u otro: tienes algo que quiero, sin el

cual no seré feliz ni estaré en paz, ni satisfecho o en plenitud. Además, Jesús nos ayuda a comprender cómo nuestros intentos de asegurar este algo

especial a través del amor o el ataque interfieren con nuestro aprendizaje y

hacen que el perdón parezca tan difícil.

(V.4) El Hijo de Dios sólo te pide esto: que le devuelvas lo que es suyo, para que así puedas participar de ello con él. Por separado ni tú ni él lo tenéis. Y así, no os sirve de nada a ninguno de los dos. Pero si disponéis de ello juntos, os proporcionará a cada uno de vosotros la misma fuerza para salvar al otro y para salvarse a sí mismo junto con él. Si lo perdonas, tu salvador te ofrece salvación. Si lo condenas, te ofrece la muerte. Lo único que ves en cada hermano es el reflejo de lo que elegiste que él fuese para ti. Si decides contra su verdadera función – la única que tiene en realidad – lo estás privando de toda la alegría que habría encontrado de haber podido desempeñar el papel que Dios le encomendó. Pero no pienses que sólo él pierde el Cielo. Y éste no se puede recuperar a menos que le muestres el camino a través de ti, para que así tu puedas encontrarlo, caminando con él.

La proyección da lugar a la percepción. Jesús vuelve una y otra vez a este tema, en un número casi infinito de variaciones. En el pasaje anterior se nos enseña que vemos en todos el reflejo de lo que primero hemos elegido en nuestras mentes: separación o unidad, condenación o salvación, injusticia o justicia. Nuestra percepción está hecha no solo para nosotros, sino para todo el mundo de los cuerpos separados. La decisión de la mente en favor de Jesús nos une con su verdadera percepción de uno para todos, y todos para uno, tomándola prestada de los Mosqueteros de Dumas. Cuando la justicia se devuelve al amor, el perdón reina supremo en el reino, presagiando la unidad que acaba con el gobierno tiránico de culpa y ataque del ego.

(V.6) Frente al odio que el Hijo de Dios pueda tener contra sí mismo, se encuentra la creencia de que Dios es impotente para salvar lo que Él creó del dolor del infierno. Pero en el amor que él se muestra a sí mismo, Dios es liberado para que se haga Su Voluntad. Ves en tu

hermano la imagen de lo que crees es la Voluntad de Dios para ti. Al perdonar entenderás cuánto te ama Dios, pero si atacas creerás que te odia, al pensar que el Cielo es el infierno. Mira a tu hermano otra vez, pero con el entendimiento de que él es el camino al Cielo o al infierno, según lo percibas. Y no te olvides de esto: el papel que le adjudiques se

te adjudicará a ti, y por el camino que le señales caminarás tú también porque ése es tu juicio acerca de ti mismo.

Lo que elegimos para nosotros y nuestros hermanos, lo elegimos para Dios.

Las cárceles del odio en las que procuramos mantener al Hijo de Dios, mantienen también a nuestro Padre. Dado que la unidad existe tanto en la realidad como en la ilusión, si buscamos conocer la decisión de nuestra mente, solo necesitamos mirar nuestras percepciones. Si fragmentan la

Filiación en especialismo, sabemos que son los ojos del ego por los que hemos mirado. Si reconocemos la presencia de la misma mente dividida en

todos, sin juicio, solo podemos haber sido guiados por la visión de Cristo. O

caminamos por separado el camino al infierno, o regresamos a nuestro Dios

junto con nuestros hermanos, el viaje que refleja la Voluntad del Cielo de la perfecta unidad.

Nuestra función especial: aprender el significado de la justicia.

Comenzamos esta subsección con "La función especial", en la que encontramos claramente articulada la idea de que el ego habla primero, y

siempre está equivocado, y el Espíritu Santo es la Respuesta. El ego habló

primero al establecer su yo especial, independiente de Dios. Protegió su

existencia proyectando el pecado asociado con el especialismo, viendo el

pecado en todas las relaciones. Cuando la tolerancia al dolor se vuelve

demasiado alta y exclamamos "tiene que haber un camino mejor" (T2.III.3:5-6), queriendo decir que tiene que haber otra manera de percibir las relaciones, otro propósito en ellas que aún no comprendemos. Esta "pequeña dosis de buena voluntad" para considerar alternativas a nuestra percepción es suficiente para invitar a Jesús a comenzar a enseñarnos nuestra "función especial". Aquí es donde el propósito de la culpa se traslada desde la relación especial al perdón, proporcionándonos aulas específicas (es decir, especiales) en las que aprendemos a perdonarnos a nosotros mismos. Empezamos en el medio de la sección.

(VI.4:1) Ésta es la percepción benévola que el Espíritu Santo tiene del deseo de ser especial: valerse de lo que tú hiciste para sanar en vez de para hacer daño. Usamos la relación especial para hacer daño, reflejando el principio asesino de mata o te matarán. Nuestra voluntad permite que Jesús nos enseñe que la misma relación en la forma puede servir para un propósito diferente: "para sanar en vez de para hacer daño".

(VI.4:2) A cada cual Él le asigna una función especial en la salvación que sólo él puede desem-peñar, un papel exclusivamente para él. Puede resultar tentador malinterpretar el significado de Jesús. No se refiere al comportamiento, de que tenemos algunos trabajos especiales que debemos hacer por él. Más bien, la "función especial" es la relación especial que elegimos, pero que, al ahora elegir un maestro diferente, se convierte en un salón de clases que nos llevará más allá de la culpa, el miedo y el dolor de la mente. De hecho, Jesús nunca habla realmente de comportamiento, sino del cambio de la mente que por sí solo es la salvación en el mundo de la ilusión.

(VI.4:3) Y el plan no se habrá llevado a término hasta que cada cual

descubra su función especial y desempeñe el papel que se le asignó para completarse a sí mismo en un mundo donde rige la incompleción. Una vez más, Jesús habla de la necesidad de que nuestra mente sea sanada, aceptando la Expiación para nosotros mismos, y provocando que se extienda por la mente del único Hijo de Dios, recordándole que él está completo, sanado y pleno.

(VI.5:1) Aquí, donde las leyes de Dios no rigen de forma perfecta, él todavía puede hacer una cosa perfectamente y llevar a cabo una elección perfecta.

Nada aquí es perfecto porque el mundo fue hecho para no ser perfecto, al provenir de un pensamiento imperfecto. Sin embargo, cuando nos decidimos por Jesús como nuestro maestro, cambiamos el propósito del mundo y aprendemos a hacer la única cosa perfecta, que es el perdón. Nos

damos cuenta de que el problema no está en otro sino en nosotros mismos,

y como es nuestro sueño de especialismo en el que otros son los victimarios

(de nuestros compañeros de amor y odio especial), podemos elegir un sueño diferente.

(VI.5:2-4) Y por este acto de lealtad especial hacia uno que percibe como diferente de sí mismo, se da cuenta de que el regalo se le otorgó a

él mismo y, por lo tanto, de que ambos tienen que ser necesariamente uno. El perdón es la única función que tiene sentido en el tiempo. Es el medio del que el Espíritu Santo se vale para transformar el especialismo de modo que de pecado pase a ser salvación.

Cuando percibimos a los demás como diferentes a nosotros, estamos involucrados en el principio odioso del ego de uno u otro, porque esta percepción de las diferencias justifica que las atacemos. Sin embargo, cuando cambiamos de maestros, vemos a todas las personas con un solo

propósito. Para afirmar esto una vez más, Jesús no está hablando de hacer

grandes obras en el mundo, escribiendo libros brillantes o dando

maravillosos talleres. Habla solo de la única función significativa que él conoce: cambiar nuestras mentes. En lugar de tener relaciones especiales

siendo campos de batalla donde uno se sacrifica para que otro gane, uno

muere para que otro viva, se transforman en aulas en las que nuestro nuevo

Maestro nos ayuda a aprender Su justicia: nadie pierde y todos ganan. No

necesitamos entender cómo funciona la salvación, sino solo darnos cuenta

de que, dado que los caminos del pecado y el juicio no funcionan, ya no los

queremos.

(VI.5:5-8) El perdón es para todos. Mas sólo es completo cuando descansa sobre todos, y toda función que este mundo tenga se completa

con él. Entonces el tiempo cesa. No obstante, mientras se esté en el tiempo, es mucho lo que todavía queda por hacer.

El tiempo fue hecho por la culpa, y cuando la culpa se deshace mediante el

perdón, el tiempo desaparece. Sin embargo, mientras seguimos siendo culpables hay trabajo por hacer. Esto no implica comprender "una Unicidad

unida cual Una sola", sino aprender a reflejar la verdad no-dualista dentro

de un mundo dualista: el cambio en la percepción donde enemigos ancestrales se convierten en nuestros amigos, junto con todos los demás. De

esta manera la Filiación está completa en nuestra percepción curada.

(VI.5:9-11) Y cada uno tiene que hacer lo que se le asignó, pues todo el plan depende de su papel. Cada uno tiene un papel especial en el tiempo, pues eso fue lo que eligió, y, al elegirlo, hizo que fuese así para

él. No se le negó su deseo, sino que se modificó la forma del mismo, de manera que redundase en beneficio de su hermano y de él, y se convirtiese de ese modo en un medio para salvar en vez de para llevar a

la perdición.

Todos debemos poner de nuestra parte para liberarnos de la creencia en la culpa y el especialismo del ego, porque tal es el propósito del Curso. Jesús hace algo inteligente aquí al apelar a nuestro deseo de ser especiales, nacidos de la necesidad de que nuestros cuerpos sean instrumentos del especialismo que da fe de nuestra separación de Dios, incluyendo el "hecho" de que nuestro pecado tiene su hogar en otro, quien será justamente castigado. Anhelamos este especialismo, independientemente de su forma, para que nadie se dé cuenta de que somos los pecadores culpables que nuestras mentes creen que es la verdad. Jesús, por lo tanto, conserva este deseo de especialismo, pero cambia su propósito, el significado de "se modificó la forma del mismo". La relación especial ahora se transforma en un aula que enseña que nadie es especial, siendo el medio por el cual deshacemos la creencia en el especialismo mismo. La función especial del perdón es la que nos hace especiales, por lo cual nuestro deseo no se nos niega. Somos especiales, no probando que la separación es real, sino aprendiendo a perdonar en la forma específica establecida por nuestras relaciones.

(VI.6:6-8) Dios dispuso que el especialismo que Su Hijo eligió para hacerse daño a sí mismo fuese igualmente el medio para su salvación desde el preciso instante en que se tomó esa decisión. Su pecado especial pasó a ser su gracia especial. Su odio especial se convirtió en su amor especial.

En el mismo instante en que pareció ocurrir la separación, dando lugar a un mundo de especialismo, la corrección apareció en nuestras mentes, la cual nosotros nos llevamos al sueño como el recuerdo de Quiénes somos como

Cristo. Al no tomarnos las palabras del Curso literalmente, entendemos que nuestra Fuente realmente no es ninguna cosa. Jesús usa un símbolo dualista que originalmente reflejaba una deidad antropomórfica que reaccionaba al pecado, para expresar la Presencia del Amor que corrige la historia del odio divino del ego. Por cierto, amor especial se entiende aquí en el sentido positivo del término, corrigiendo el propósito de exclusión lleno de culpa del ego.

(VI.7:1-5) El Espíritu Santo necesita que desempeñes tu función especial, de modo que la Suya pueda consumarse. No pienses que no tienes un valor especial aquí. Tú lo quisiste, y se te concedió. Todo lo que has hecho se puede utilizar, fácil y provechosamente, a favor de la salvación. El Hijo de Dios no puede tomar ninguna decisión que el Espíritu Santo no pueda emplear a su favor, en vez de contra él. Una vez más, Jesús cambia las tornas sobre el valor del especialismo del ego. "Quieres ser especial", nos dice a nosotros. "Bueno, entonces, lo eres".

Al tener para él el regalo de nuestra "pequeña dosis de buena voluntad", él cambia la fuente de nuestro valioso ser especial, desde la necesidad del ego de excluir, usando para ello la relación especial, a la función todo-inclusiva del Espíritu Santo del perdón: "valerse de lo que tú hiciste para sanar en vez de para hacer daño".

(VI.7:6-8) Sólo en la obscuridad parece ser un ataque tu deseo de ser especial. En la luz, lo ves como la función especial que te corresponde desempeñar en el plan para salvar al Hijo de Dios de todo ataque y hacerle entender que está a salvo, tal como siempre lo estuvo y lo seguirá estando, tanto en el tiempo como en la eternidad. Ésta es la función que se te encomendó con respecto a tu hermano. Esta declaración es otro ejemplo de la ternura amorosa de las enseñanzas de

Jesús. No nos quiere privar de nuestras relaciones especiales (por ejemplo, T-17.IV.2:3), sino simplemente cambiar su propósito de la culpa al perdón.

El hecho de que creemos que estamos aquí dice que creemos en el especialismo, y si le damos una prominencia al juzgar nuestro pecado, o al escribir un diario sobre él ad infinitum, nuestra auto-complacencia nos envuelve aún más en la oscuridad de la culpa. Esto es inevitable, porque las relaciones especiales son sombras de la culpa, no importa cuán velada esté la verdadera naturaleza de su estructura o el atractivo de sus regalos. Con gratitud escuchamos a Jesús decirnos: "No se revuelquen en el dolor y la culpa, porque esto simplemente los detiene en las tinieblas, lejos de la corrección de la verdad. En cambio, mira tu ego conmigo, lo que cambiará la relación especial de una prisión de culpa a un aula de perdón". Las relaciones que solo un instante antes estaban envueltas en la oscuridad del odio y ahora se bañan en una luz que abraza a todos los Hijos de Dios. ¿Quién no podría, entonces, sentir gratitud por la relación especial, ya que su nuevo propósito la ha transformado en un medio para curar la mente?

Para repetir, se nos pide que no nos detengamos en nuestro especialismo con culpa, complacencia o espiritualización, sino más bien que invitemos a la ayuda de Jesús para mirarlo de otra manera, como una imagen del deseo de la mente de estar separada. Esto nos devuelve al tomador de decisiones que puede elegir la seguridad y la paz, dejando que el peligro y el conflicto se vayan para siempre.

(VI.7:9-10) Acéptala dulcemente de la mano de tu hermano, y deja que

la salvación se consume perfectamente en ti. Haz sólo esto y todo se te dará.

Esta es la razón por la que Jesús dice que el suyo es un curso simple. No

nos pide nada. No se nos pide que cambiemos el mundo o nuestras mentes,

sino sólo querer cambiar el propósito de nuestras relaciones de amor especial al amor de total-inclusividad que nuestro maestro refleja para nosotros. La "pequeña dosis de buena voluntad" de perdonar – nuestra función especial – nos trae la salvación a todos nosotros como uno.

(VII.5:1-2) El Espíritu Santo tiene el poder de transformar todos los cimientos del mundo que ves en algo distinto: en una base que no sea demente, sobre la cual se puedan sentar los cimientos de una percepción sana y desde la que se puede percibir otro mundo: un mundo en el que nada se opone a lo que conduciría al Hijo de Dios a la cordura y a la felicidad.

Este es el mismo cambio que vimos antes, el cual culmina con la transformación del mundo en el mundo real. El "poder" del Espíritu Santo

es simplemente nuestra elección en favor de Su propósito, porque Él no

tiene poder en el sueño, ni tampoco Jesús ni Dios. Solo nosotros tenemos

ese poder, en la medida en que es el sueño de nuestro tomador de decisiones. Elegir al Espíritu Santo como nuestro Maestro nos ayuda a cambiar las pesadillas de pecado, odio y especialismo a los sueños felices

de perdón, curación y paz. Desde estos, hay un pequeño paso hacia el mundo perdonado o real, el cual se convierte en el reflejo del amor perfecto

y la Unidad del Cielo. A pesar de que este mundo no es real, cuando miramos a través de los ojos de Jesús, no vemos nada que contradiga la

perfección del Cielo, porque la ilusión no puede alterar el Amor de Dios. En

consecuencia, la verdad no-dualista se expresa en un mundo dualista de

ilusión, la única alegría posible mientras parecemos vivir en un mundo de

culpa y muerte.

(VII.5:3-6:3) Y en el que nada da testimonio de la muerte ni de la crueldad, de la separación o de las diferencias. Pues ahí todo se percibe

como uno, y nadie tiene que perder para que otro gane.

Pon a prueba todas tus creencias a la luz de este único requisito, y entiende que todo lo que satisface esta única petición es digno de tu fe.

Nada más lo es. Lo que no es amor es pecado, y cada uno de ellos percibe al otro como demente y sin sentido.

El mundo se percibe como uno, porque todas las cosas separadas comparten

un único propósito. La visión de Cristo nos conduce más allá de las apariencias (la separación en la forma) a la realidad del Espíritu Santo (el

contenido de la justicia). Recuerda la declaración inflexible: "Lo que no es

amor es asesinato" (T-23.IV.1:10). Amor y pecado no pueden entenderse

porque son estados mutuamente excluyentes. Jesús quiere que usemos lo

anterior como una pauta para la vida diaria, viendo lo rápido que caemos en

la mentalidad de uno u otro: alguien tiene que perder para que obtengamos

lo que queremos; otro debe ser visto como diferente para que podamos ser

felices. Mirar con claridad esta locura nos permite volver a elegir, poniendo

la fe en la verdad y no en la ilusión.

(VII.6:4-7) El amor es la base de un mundo que los pecadores perciben como completamente demente, ya que creen que el camino que ellos siguen es el que conduce a la cordura. Mas el pecado es igualmente demente a los ojos del amor, que dulcemente prefieren mirar más allá de la locura y descansar serenamente en la verdad. Tanto el amor como

el pecado ven un mundo inmutable, de acuerdo a como cada uno define

la inalterable y eterna verdad de lo que eres. Y cada uno refleja un

punto de vista de lo que el Padre y el Hijo deben ser para que ese punto de vista sea significativo y cuerdo. Recuerda que este es un curso de todo-o-nada, uno u otro en el sentido de la mentalidad-correcta. Lo que no es amor es pecado, y el amor vuelve al lugar que el pecado dejó vacante (T-26.IV). Un Curso de Milagros nos pide reconocer la locura inherente a un mundo gobernado por la percepción, el cual es la sombra de la pecaminosa relación entre Padre e Hijo. La cordura, por otro lado, se encuentra solo en la visión de Cristo. En Sus ojos, la inmutable Identidad del Hijo de Dios se refleja en la percepción sana de los intereses compartidos por igual entre los fragmentos aparentemente separados de la Filiación, uniéndolos en su búsqueda común del único Padre.

(VII.7) Tu función especial es aquella forma en particular que a ti te parece más significativa y sensata para demostrar el hecho de que Dios no es demente. El contenido es el mismo. La forma se adapta a tus necesidades particulares, y al tiempo y lugar concretos en los que crees encontrarte, y donde puedes ser liberado de dichos conceptos, así como de todo lo que crees que te limita. El Hijo de Dios no puede estar limitado por el tiempo, por el espacio ni por ninguna cosa que la Voluntad de Dios no haya dispuesto. No obstante, si se cree que lo que Su Voluntad dispone es una locura, entonces la forma de cordura que la hace más aceptable para los que son dementes requiere una decisión especial. Esta decisión no la pueden tomar los que son dementes, cuyo problema es que sus decisiones no son libres, ni las toman guiados por la razón a la luz del sentido común.

Mientras creamos que vivimos en un demente mundo de formas, nuestra experiencia de la verdad – el contenido del amor viviente de Dios – debe

ser mediado a través de su reflejo. Practicamos el aprendizaje de la cordura y la Unidad perfecta de Dios al vernos a cada uno de nosotros caminar por el mismo camino a casa: la mente errada siendo corregida por el Maestro de mentalidad-correcta, Cuya cordura amorosa elegimos felizmente sobre la locura llena de odio del ego. A través de nuestras relaciones especiales que están arraigadas en el tiempo y el espacio, el Espíritu Santo nos enseña cómo nuestras mentes no-espaciales y no-temporales han elegido mal y ahora pueden elegir la verdad en lugar de la ilusión. Así, el especialismo se convierte en un aula especial de perdón, y el temor a la Unidad amorosa de Dios es reemplazado gradual-mente por el milagro que nos restaura primero a la cordura, y luego a la Cordura Misma.

(VII.8:1-2) Sería ciertamente una locura poner la salvación en manos de los dementes. Pero puesto que Dios no está loco, ha designado a Uno tan cuerdo como Él para que le presente un mundo de mayor cordura a todo aquel que eligió la demencia como su salvación. El lenguaje dualista es, por supuesto, simbólico. Dios no "designó" al Espíritu Santo en respuesta a un sistema de pensamiento demente que no existe. El propósito de Jesús es contrarrestar el sistema de pensamiento, en su propio lenguaje, el de aquellos que creen que Dios los castigará como consecuencia de su pecado. El significado más allá de los símbolos está en que el Amor de Dios no cambia, y, por lo tanto, no se ve afectado por la diminuta y alocada idea de la separación. Él no envió al Espíritu Santo con

rayos en Su mano para destruirnos. Más bien, la historia simbólica de la corrección continúa, con que Dios envió Su Voz al sueño porque Él se preocupa por nosotros. Como Jesús se dirige a niños culpables, utiliza su mito de la venganza odiosa para transmitir su mensaje de perdón por un pecado que nunca sucedió. Recordando su advertencia previa, “ni el signo ni el símbolo se deben confundir con su fuente” (T-19.IV-C.11:2), por lo que necesitamos ir más allá de los símbolos a su fuente, de las palabras a su significado.

(VII.8:3-4) A Él le es dado elegir la forma más apropiada para ayudar al demente: una que no ataque al mundo que éste ve, sino que se adentre en él calladamente y le muestre que está loco. El Espíritu Santo no hace sino señalarte la otra alternativa, otro modo de contemplar lo que antes veía, que él reconoce como el mundo en el que vive, el cual creía entender.

Así como el Espíritu Santo es la Alternativa, Jesús quiere que seamos su alternativa en la forma, demostrando la paz que llega cuando ya no pensamos que nuestras necesidades deben satisfacerse a expensas de los demás. La forma en que aprendemos está determinada por nosotros, nuestras relaciones especiales, ya que el ego habla primero. Una vez que nos enfermamos de verdad con las alegrías y los dolores del especialismo, acudimos a la Palabra de Expiación que dice que hay otra manera de ver.

Las mismas formas corporales que antes eran errores, no pecados, cambian de propósito mediante un cambio amable y amoroso del contenido de la mente, y vemos con alegría el mundo perdonado a través de la visión santa y unificada de Cristo.

(VII.9:1) Ahora él tiene que poner todo esto en tela de juicio, pues la

forma de la alternativa es una que no puede negar, pasar por alto, ni dejar de percibir completamente.

Habiendo llegado muy lejos en nuestra sinfonía, nos damos cuenta de que

hay sabiduría y amor en Un Curso de Milagros, lo cual es una clara alternativa a la locura impulsada por el odio de nuestras percepciones.

Pero

es útil tener en cuenta que, aunque no podemos negar la verdad del mensaje

de Jesús, una parte de nosotros no quiere dejar que el ego desaparezca.

Nuestra conciencia sin juicio refleja la "pequeña dosis de buena voluntad"

de que se nos muestre la verdad, ya que podemos cuestionar la ilusión.

(VII.9:2) La función especial de cada uno está diseñada de modo que se

perciba como algo factible, como algo que se desea cada vez más a medida que se le demuestra que es una alternativa que realmente desea.

Hemos visto que el viaje del perdón no es algo que podamos completar de

inmediato; es un proceso que necesita ser "cada vez más deseado".

Como

Jesús nos dijo que conoce nuestro miedo, podemos proceder a nuestro propio ritmo, sin presionarnos a nosotros mismos ni a los demás para que

sigan adelante. A menudo le digo a la gente que el tempo favorito de Jesús

es molto adagio e pianissimo e dolcissimo (muy lento, suave y dulcemente).

Dado que Jesús no nos obliga, tampoco debemos obligar a nadie. A medida

que nuestro miedo gradualmente amaina con el tiempo, cada vez vamos a

querer más su alternativa de amor.

(VII.9:3-4) Desde esta perspectiva, su pecaminosidad así como todo el pecado que ve en el mundo, tienen cada vez menos que ofrecerle. Y

por

fin llega a entender que todo ello le ha costado su cordura y que se

interpone entre él y cualquier esperanza de volver a ser cuerdo. Nuestra motivación para cambiar viene con la comprensión de la locura de creer que podríamos beneficiarnos de la desgracia de otra persona, o que necesitamos algo de los demás para completarnos y ser felices. También nos damos cuenta de que nuestras necesidades nunca serán satisfechas por completo, lo que significa que cualquier satisfacción que experimentemos, deberá reponerse continuamente. ¿Cómo, entonces, podríamos estar en paz, ya que siempre estará presente la tensión constante de necesitar más amor y atención? Sin embargo, de pie junto a este pensamiento loco, basado en el pecado, está la cordura amorosa del Espíritu Santo que nos ofrece una forma de vivir más pacífica y más amable en el mundo dualista. Él enseña que nada externo puede hacernos daño o ayudarnos, porque la fuente de nuestro sufrimiento y salvación está dentro: el poder de elegir del tomador de decisiones.

(VII.9:5-6) Puesto que tiene un papel especial en la liberación de todos sus hermanos, no se le deja sin la posibilidad de escapar de la locura. Sería tan inaudito que se le excluyese y se le dejase sin una función especial en la esperanza de paz, como lo sería que el Padre ignorara a Su Hijo y lo pasase de largo sin ningún miramiento. Mientras que el verdadero Ser del Hijo es parte de la Unicidad viviente y amorosa de Dios, sus locos sueños de separación y especialismo permanecen, pero son sueños, no la realidad. El principio de Expiación, es su liberación de todos ellos, como lo es para cada uno de los Hijos fragmentados de Dios. La mente correcta contiene el reflejo de la verdad del amor del Cielo, y espera pacientemente nuestra decisión corregida - la

cordura en lugar de la locura – para cumplir su parte especial en el plan de salvación.

(VII.11:1-3) La creencia de que es posible perder no es sino el reflejo de

la premisa subyacente de que Dios está loco. Pues en este mundo parece

que alguien tiene que perder porque otro ganó. Si esto fuese cierto, entonces Dios estaría loco.

Jesús está hablando del Dios bíblico, Cuya justicia demente promueve el

principio de uno u otro (uno gana, otro pierde) como castigo divino por el

pecado. También encontramos una reafirmación de la llamativa línea sobre

el mundo que la culpa ha forjado: "Si éste fuese el mundo real, Dios sería

ciertamente cruel" (T-13.in.3:1). La buena noticia es que no lo es, por la

sencilla razón de que el mundo de la separación no existe, ya que Dios y Su

Amor no pueden cambiar.

(VII.11:4-6) Mas, ¿qué es esa creencia, sino una forma de la premisa más básica según la cual, "El pecado es real y es lo que rige al mundo"?

Por cada pequeña ganancia que se obtenga alguien tiene que perder, y pagar el importe exacto con sangre y sufrimiento. Pues, de lo contrario,

el mal triunfaría y la destrucción sería el costo total de cualquier ganancia.

Jesús expone la justificación subyacente de las reglas increíblemente crueles del mundo. La gente debe ser asesinada para evitar que dañen a

otros: "Por cada pequeña ganancia que se obtenga alguien tiene que perder,

y pagar el importe exacto con sangre y sufrimiento. Pues, de lo contrario, el

mal triunfaría ..." Los malvados están ahí fuera, porque el mundo fue hecho

para que los viéramos allí y nunca supiéramos de los malvados pecados que hicimos realidad dentro de nosotros mismos.

(VII.11:7) Tú que crees que Dios está loco, examina esto detenidamente y comprende que, o bien Dios es demente o bien es esto lo que es, pero no ambos.

La máxima del ego es que para que uno esté cuerdo, otro debe estar loco. Si creemos que la justicia del mundo del castigo tiene sentido, entonces Dios debe estar loco y el triunfo del ego estará seguro por toda la eternidad.

(VII.12:1-3) La salvación es el renacimiento de la idea de que nadie tiene que perder para que otro gane. Y todo el mundo tiene que ganar, si es que uno solo ha de ganar. Con esto queda restaurada la cordura.

El tema principal de este movimiento está claramente enunciado: nadie

pierde y todos ganan. La única respuesta cuerda para vivir en este mundo es

reflejar la Unidad del Cielo: todos ganamos como uno o todos perdemos

como uno. La locura por sí sola nos haría creer que algunos pueden ganar

cuando otros pierden.

(VII.12:4-6) Y sobre esta única roca de verdad la fe puede descansar con perfecta confianza y en perfecta paz en la eterna cordura de Dios.

La razón queda satisfecha, pues con esto todas las creencias dementes

pueden ser corregidas. Y si esto es verdad, el pecado no puede sino ser

imposible.

El pensamiento loco de que alguien gana y alguien pierde sólo puede corregirse con la razón de la mentalidad-correcta, no con la del mundo.

Cuando se lleva a cabo esa corrección, el pecado se vuelve imposible ya

que se basa en la idea de que el Hijo gana y el Padre pierde. Este es el origen de la loca creencia en el pecado y de la noción distorsionada de justicia del ego, la cual nos lleva al pensamiento igualmente distorsionado

de venganza: matamos a Dios para ocupar Su lugar, y ahora Él nos devolverá el cumplido y desatará Su iracunda retribución sobre nosotros. El aterrador pensamiento de mata o te matarán se borra de la conciencia y luego se proyecta, creando un mundo de diferencias donde actuamos este campo de batalla entre nosotros, hasta la muerte.

(VII.12:7) Ésta es la roca sobre la que descansa la salvación ... En el Nuevo Testamento, Jesús le dijo a Pedro que él era la roca sobre la que se construiría su (de Jesús) iglesia (Mateo 16:18a). En Griego, Peter es cephas (en arameo), que significa "roca"; de ahí el juego de palabras. En este pasaje, Jesús dice que la roca sobre la cual descansan la salvación y su verdadera iglesia es el principio de que nadie pierde y todos ganan; somos uno y el pecado no existe.

(VII.12:7-8) Ésta es la roca sobre la que descansa la salvación, el punto estratégico desde el que el Espíritu Santo le confiere significado y dirección al plan en el que tu función especial tiene un papel que jugar. Pues aquí tu función especial se vuelve íntegra porque comparte la función de la totalidad.

El punto estratégico está por encima del campo de batalla (T-23.IV). Con el amor de Jesús a nuestro lado, nos elevamos por encima del sistema de pensamiento de culpa y ataque del ego, y miramos hacia abajo a sus sombras en el mundo de los cuerpos. A raíz de esta mente que observa, reconocemos cuán loco es todo aquí, entendiendo también que esta locura es la proyección del sistema de pensamiento delirante que compartimos. No puede haber jerarquía de locura porque todos estamos igualmente locos, habiendo participado como un solo Hijo en el pensamiento de que existimos

por separado de nuestra Fuente. Esto requería un mundo para proteger esta existencia, un mundo en el que otros son castigados en lugar de nosotros. A pesar de nuestra identificación con el ego, podemos recordar nuestra función especial que, si bien no es verdaderamente íntegra – después de todo, la plenitud existe solo en el Cielo – sin embargo, refleja integridad, porque la visión de ninguna manera contradice la Unidad de Dios. Al ver solo la igualdad en los Hijos de Dios y no sus diferencias corporales, la verdadera percepción sana la mente y permite que la verdad del único Hijo de Dios pueda ser recordada.

(VIII.11) De la misma manera en que al especialismo no le importa quien paga el costo del pecado con tal de que se pague, al Espíritu Santo le es indiferente quién es el que por fin contempla la inocencia, con tal de que esta se vea y se reconozca. Pues con un solo testigo basta.

La simple justicia no pide nada más. El Espíritu Santo le pregunta a cada uno si quiere ser ese testigo, de forma que la justicia pueda ser restituida al amor y quede allí satisfecha. Cada función especial que Él asigna es sólo para que cada uno aprenda que el amor y la justicia no están separados, y que su unión los fortalece a ambos. Sin amor, la justicia está llena de prejuicios y es débil. Y el amor sin justicia es imposible. Pues el amor es justo y no puede castigar sin causa. ¿Qué causa podría haber que justificase un ataque contra los que son inocentes? El amor, entonces, corrige todos los errores con justicia, no con venganza. Pues eso sería injusto para con la inocencia.

Esta es la clave para todas nuestras respuestas: venimos del amor, no de la

culpa; de la justicia, no de la venganza. Dado que nosotros somos todos

iguales, cuando vemos a una persona como totalmente inocente, hemos

extendido el Amor de nuestro Maestro Que nos ama a todos por igual. Nuestra función especial de perdón deshace la relación especial que la excluiría, y en esa visión somos liberados juntos, porque la justicia, la respuesta de la mentalidad-correcta al pecado percibido, es devuelta al

amor. Nuestra percepción limpia ve el pecado únicamente como una petición de amor, respondida por la justicia que engendró el amor.

Nadie

que abrace a Jesús puede dejar de abrazar al mundo en la inocencia, tal

como él lo hace, porque su justicia todo-amorosa sólo puede bendecir y

sanar, sin condenar a nadie por su inocencia.

(VIII.12) Tú puedes ser un testigo perfecto del poder del amor y de la justicia, si comprendes que es imposible que el Hijo de Dios merezca venganza. No necesitas percibir que esto es verdad en toda circunstancia. Tampoco necesitas corroborarlo con tu experiencia del mundo, que no es sino una sombra de todo lo que realmente está sucediendo dentro de ti. El entendimiento que necesitas no procede de ti, sino de un Ser más grande, tan excelso y santo que no podría dudar de Su propia inocencia. Tu función especial es que lo invoques, para que te sonría a ti cuya inocencia Él comparte. Su entendimiento será tuyo. Y así, la función especial del Espíritu Santo se habrá consumado. El Hijo de Dios ha encontrado un testigo de su inocencia y no de sus pecados. ¡Cuán poco necesitas darle al Espíritu Santo para que simplemente se te haga justicia!

Volvemos de nuevo al tema de la “pequeña dosis de buena voluntad”.

La

mansedumbre de Jesús como nuestro maestro es vista en su paciencia al no

esperar que aprendamos sus lecciones rápida o totalmente. El miedo no

puede ser deshecho de una vez, porque el terror al amor perfecto es cada

vez más grande en nuestras mentes. Solo se nos pide querer ver a nuestro

hermano como alguien incapaz de pecar (T-20.VII.9:2); al elegir el principio de juntos, o no en absoluto en lugar de uno u otro. Esto invita a

que la justicia divina se refleje en un mundo donde la injusticia siempre tiene la última palabra. La función especial invoca la sabiduría de Cristo

para prestar Su inocencia a nuestra percepción, la cual nos invita a llevar a

todos los Hijos de Dios a su círculo de perdón y sanación. Allí, la

impecabilidad del Cielo hace brillar nuestro pecado en la dulce sonrisa que

pone fin a la pesadilla de culpa, venganza y muerte.

(VIII.14) Tú tienes derecho a todo el universo, a la paz perfecta, a la completa absolución de todas las consecuencias del pecado, y a la vida

eterna, gozosa y completa desde cualquier punto de vista, tal como la Voluntad de Dios dispuso que Su santo Hijo la tuviese. Ésta es la única justicia que el Cielo conoce y lo único que el Espíritu Santo trae a la tierra. Tu función especial te muestra que sólo la justicia perfecta puede prevalecer sobre ti. Y así, estás a salvo de cualquier forma de venganza. El mundo engaña, pero no puede reemplazar la justicia de Dios con su propia versión. Pues sólo el amor es justo y sólo él puede percibir lo que la justicia no puede sino concederle al Hijo de Dios.

Deja que el amor decida, y nunca temas que, por no ser justo, te vayas a privar a ti mismo de lo que la justicia de Dios ha reservado para ti.

Las últimas tres oraciones son nuestro principio de Expiación: no importa

cuán injustos seamos con el Hijo de Dios, con nosotros mismos o con los

demás, no podemos eliminar el pensamiento de la justicia del Cielo de nuestras mentes. Nosotros y toda la Filiación merecemos el amor que es

verdaderamente nuestro, incluso cuando la culpa por un pecado inexistente

nos dice lo contrario. Sus mentiras no tienen efecto sobre la verdad, y el

Amor de Dios por Su Hijo prevalece para siempre sobre la venganza que es

la versión demente de la justicia en el mundo.

Nuestra discusión final en esta subsección se basa en "La justicia del Cielo".

(IX.3) Puedes estar seguro de que la solución a cualquier problema que el Espíritu Santo resuelva será siempre una solución en la que nadie pierde. Y esto tiene que ser verdad porque Él no le exige sacrificios a nadie. Cualquier solución que le exija a alguien la más mínima pérdida, no habrá resuelto el problema, sino que lo habrá empeorado, haciéndolo más difícil de resolver y más injusto. Es imposible que el Espíritu Santo pueda ver cualquier clase de injusticia como la solución. Para Él, lo que es injusto tiene que ser corregido porque es injusto. Y

todo error es una percepción en la que, como mínimo, se ve a uno de los

Hijos de Dios injustamente. De esta forma es como se priva de justicia al Hijo de Dios. Cuando se considera a alguien un perdedor, se le ha condenado. Y el castigo, en vez de la justicia, se convierte en su justo merecido.

Esto reitera el tema crucial de la naturaleza todo-inclusiva de la justicia.

Algo central para el Curso es la corrección del ego mediante el principio de

juntos, o no en absoluto, el cual no se puede enunciar con suficiente frecuencia. La justicia como venganza sigue siendo el núcleo del sistema de

pensamiento de especialismo del ego, por el cual uno debe ser sacrificado

para apoyar la inocencia de otro: la culpa de otro es testigo de nuestra inocencia. Semejante percepción errónea debe ser llevada a la corrección de

la mentalidad-correcta del Espíritu Santo, permitiendo que nuestros tomadores de decisiones elijan de nuevo reconociendo la inevitabilidad de

percibir la separación en el mundo una vez que la mente ha elegido al maestro de la separación: la proyección da lugar a la percepción. Solo cuando nuestro perdón descansa en todos, sin excepción, la justicia del Cielo puede ser verdaderamente aceptada por nosotros.

(IX.5:1-3) La forma en que el Espíritu Santo resuelve todo problema es la manera de solventarlo. El problema queda resuelto porque se ha tratado con justicia. Hasta que esto no se haga, seguirá repitiéndose porque aún no se habrá solventado.

La verdadera justicia deshace la separación y el miedo al castigo. La justicia

del ego, por otro lado, significa que para que uno gane, alguien debe ser

sacrificado. La justicia del Espíritu Santo, que refleja la Unidad del Cielo,

corrige la injusticia del ego a través de Su principio de que nadie pierde y

todos ganan. Nada puede cambiar aquí a menos que primero cambiemos de

nuestras mentes. La culpa subyacente, nacida de la creencia de que

existimos a través del sufrimiento de otro, impregna todos los aspectos de

nuestras vidas, siendo el pensamiento de sacrificio de la mente que se proyecta al mundo como odio y venganza.

(IX.5:4-6) El principio según el cual la justicia significa que nadie puede perder es crucial para el objetivo de este curso. Pues los milagros

dependen de la justicia. Mas no como la ve el mundo, sino como la conoce Dios y como este conocimiento se ve reflejado en la visión que ofrece el Espíritu Santo.

Ésta es la respuesta a la reacción del ego a la idea de elegir entre los milagros y el asesinato (T-23.IV.9:8). El asesinato en el mundo de los sin

mente significa que alguien debe perder la felicidad para que otro la tenga,

mientras que el milagro de la plenitud de la mente enseña que nadie sufre y

nadie pierde. Todos ganamos y volvemos a casa juntos porque Dios solo

conoce la Unidad, y la percepción del Espíritu Santo de los intereses compartidos refleja la justicia en el mundo de la ilusión.

(IX.6:1-3) Nadie merece perder. Y es imposible que lo que supone una injusticia para alguien pue-da ocurrir. La curación tiene que ser para todo el mundo, pues nadie merece ninguna clase de ataque.

No importa lo que otros hayan hecho, por atroz que sea su crimen o lo enorme de su pecado, se merecen perdón y no ataque. Todos merecemos

amor por igual, pero debemos recordar que sea cual sea la crueldad, pudo

haber sido perpetrada como resultado del miedo, el cual en sí mismo es una

defensa contra el amor que buscamos enterrar. En otras palabras, no somos

diferentes el uno del otro excepto en la forma. Mientras que algunos pueden

realizar sus actos asesinos más discretamente que otros, la forma diferente

no cambia la igualdad del contenido subyacente de la mente, ni la necesidad

de corrección. Este nuevo entendimiento refleja la humildad de que nadie es mejor ni peor que otro. Al elegir ver a través de los ojos sin juicios de Jesús,

vemos de la misma manera a los villanos y a los santos – histórica y personalmente – la cual es la forma en que aprendemos que somos perdonados y amados por siempre por nuestro único Padre. Cuando condenamos a otro, afirmamos que nosotros merecemos ser condenados

como resultado de nuestro pecado, el odio a uno mismo que transforma la

justicia de Dios en un castigo vengativo.

(IX.6:4-9) ¿Qué orden podría haber en los milagros, si algunas personas merecen sufrir más y otras menos? ¿Y sería esto justo para aquellos que son totalmente inocentes? Todo milagro es justo. No es un regalo especial que se les concede a algunos y se les niega a otros, por ser estos menos dignos o estar más condenados, y hallarse, por lo tanto,

excluidos de la curación. ¿Quién puede estar excluido de la salvación, si

el propósito de ésta es precisamente acabar con el especialismo?

¿Dónde se encontraría la justicia de la salvación, si algunos errores fuesen imperdonables y justificasen la venganza en lugar de la curación

y el retorno a la paz?

El pecado de nadie está más allá del perdón, porque el pecado de cada uno

es el pecado de todos, el cual se encuentra en la mente que es compartida

por la Filiación separada como una. Por eso no hay grados de dificultad en

los milagros: cada problema es el mismo, y cada uno es resuelto al llevar la

justicia del ego a la de Dios. Nuestra decisión por el milagro deshace el error de los intereses separados, el cual es corregido por la visión del Espíritu Santo de los intereses compartidos y la sanación que es compartida

por todos por igual.

(IX.7:1-4) El propósito de la salvación no puede ser ayudar al Hijo de Dios a que sea más injusto de lo que él ha procurado ser. Si los

milagros, que son el don del Espíritu Santo, se otorgasen exclusivamente a un grupo selecto y especial y se negasen a otros por ser éstos menos merecedores de ellos, entonces Él sería el aliado del especialismo. El Espíritu Santo no da fe de lo que no puede percibir. Y todos tienen el mismo derecho a Su don de curación, liberación y paz. "Todos tienen el mismo derecho". Esta simple frase deshace los dos mil quinientos años de especialismo espiritual que ha ocupado un lugar muy importante en las religiones Occidentales. El Amor de Dios no se puede dividir – los elegidos y los no elegidos, los especiales y los no especiales – y aún ser Su Amor; más de lo que puede la Expiación del Espíritu Santo – presente en igual medida en la mente dividida de cada Hijo – otorgarse a algunos Hijos o grupos y no a todos.

(IX.7:7-8) Nadie puede ser injusto contigo, a menos que tú hayas decidido ser injusto primero. En ese caso, es inevitable que surjan problemas que sean un obstáculo en tu camino, y que la paz se vea disipada por los vientos del odio.

Estas frases tienen una gran importancia práctica. Siempre que tengamos la tentación de sentirnos molestos por alguien o por alguna cosa, necesitamos volver a leer las líneas anteriores. Nadie puede tratarnos injustamente, lastimarnos o robarnos nuestra paz, a menos que primero decidiéramos que nosotros éramos injustos, que estaríamos mejor separados del Amor de Dios por el que ahora otro tiene la culpa. Para perpetuar esta mentira, aceptamos los problemas que percibimos como destruyendo nuestra paz, viéndolos como culpa de los que nos cortaron en la carretera, se pusieron delante de nosotros en la fila, o abusaron directamente de nosotros. A pesar de lo que parecen ser los hechos que justifican nuestra odiosa respuesta, si pensamos

en otro como no parecido a Cristo, es sólo porque fuimos desagradables en nuestros pensamientos. Recuerda: "Si no te habla de Cristo, es que tú no le hablaste de Cristo a él" (T-11.V.18:6). Nos esforzarnos continuamente para que otros sean los villanos, por lo cual la decisión de nuestra mente de ser injusta con Dios y la Filiación, quedará oculta por la proyección que la protege de nuestra elección constante de la corrección del Espíritu Santo.

(IX.8:1) A menos que pienses que todos tus hermanos tienen el mismo derecho a los milagros que tú, no reivindicarás tu derecho a ellos, al haber sido injusto con otros que gozan de los mismos derechos que tú. Aquel con quien somos injustos tiene los mismos derechos, al igual que todas las personas - el Hijo de Dios es uno. Al privar a un miembro de la Filiación, de sus derechos al don de curación y paz del Espíritu Santo, se los privamos a todos, incluyéndonos a nosotros mismos.

(IX.8:2-6) Si tratas de negarle algo a otro, sentirás que se te ha negado a ti. Si tratas de privar a alguien de algo, te habrás privado a ti mismo. Es imposible recibir un milagro que otro no pueda recibir. Sólo el perdón ofrece milagros. Y el perdón tiene que ser justo con todo el mundo.

Si optamos por alejar el amor de Jesús, forzosamente proyectaremos nuestra culpa, la cual recuerda a la decisión original de excluir a Dios y a Su Hijo.

Afirmamos que la razón por la que carecemos de paz es que otros se apropiaron de ella. "Si tratas de negarle algo a otro, sentirás que se te ha

negado a ti" - la experiencia de carencia o escasez conduce inevitablemente

a la creencia en la privación, que a su vez justifica que atacemos a otros

para obtener lo que creemos que es nuestro. Sin embargo, "Es imposible

recibir un milagro que otro no pueda recibir"; no podemos vivir a expensas

de otra persona y tener la esperanza de encontrar la paz.

(IX.9:1-4) Los pequeños problemas que ocultas se convierten en tus pecados secretos porque no elegiste que se te liberase de ellos. Y así, acumulan polvo y se vuelven cada vez más grandes hasta cubrir todo lo

que percibes, impidiéndote así ser justo con nadie. No crees tener ni un

solo derecho. Y la amargura, al haber justificado la venganza y haber hecho que se pierda la misericordia, te condena irremisiblemente.

La culpa, retenida mediante la represión, se proyecta inevitablemente.

Este

doble escudo (L-pl.136.5:2) de la culpa y la proyección protege nuestros

pecados secretos, "y así, acumulan polvo y se vuelven cada vez más grandes". Como lo que proyectamos lo vemos a todo nuestro alrededor

(la

proyección da lugar a la percepción), no podemos sino atacar y

condenar al

mundo externo, tal como hemos atacado y condenado al mundo

interno (las

ideas no abandonan su fuente). Para deshacer esta locura, Jesús nos pide

que miremos con él lo que nuestras proyecciones han mantenido oculto. Él

no nos pide que estemos sin nuestra locura, sino simplemente que no se la

ocultemos. Recuerda sus anteriores palabras: "La condición necesaria para

que el instante santo tenga lugar no requiere que no abrigues

pensamientos

impuros. Pero sí requiere que no abrigues ninguno que desees conservar"

(T-15.IV.9:1-2). Abrir nuestros ojos a las mentiras del ego, con el amor de

Jesús a nuestro lado, expresa el milagro que devuelve la justicia al Hijo separado de Dios y lo bendice con el perdón al que tiene derecho por ser

una creación del Cielo.

(IX.9:5-6) Los irredentos no tienen misericordia para con nadie. Por eso es por lo que tu única responsabilidad es aceptar el perdón para ti

mismo.

Este tema familiar se repite una y otra vez. Solo necesitamos aceptar el

perdón (o la Expiación) para nosotros mismos, lo que significa aceptar la

forma de mirar el mundo de Jesús: nadie pierde y todos ganan, corrigiendo

el principio del ego de que uno debe ser sacrificado para que otro gane. Una

vez aceptado, el perdón es libre de extenderse a lo largo de la Filiación, abrazando a todas las personas en la misericordia que refleja las bendiciones de amor del Cielo.

(IX.10) Das el milagro que recibes. Y cada uno de ellos se convierte en un ejemplo de la ley en la que se basa la salvación: que si uno solo ha de

sanar, se les tiene que hacer justicia a todos. Nadie puede perder y todos tienen que beneficiarse. Cada milagro es un ejemplo de lo que la justicia puede lograr cuando se ofrece a todos por igual, pues se recibe en la misma medida en que se da. Todo milagro es la conciencia de que

dar y recibir es lo mismo. Puesto que no hay distinciones entre los que son iguales, no ve diferencias donde no las hay. Y así, es igual con todos

porque no ve diferencia alguna entre ellos. Su ofrecimiento es universal

y sólo enseña un mensaje:

Lo que es de Dios le pertenece a todo el mundo, y es su derecho inalienable.

Lo que pertenece a todos no es la "justicia" del Cielo del castigo o la muerte, sino el Amor eterno de nuestro Creador. El tema de este movimiento resuena en todas las páginas sinfónicas del Curso, incluso cuando lo olvidamos por causa de nuestro miedo. Es vital que pensemos en

ello cuando tengamos la tentación de ver a las personas como diferentes,

reconociendo que detrás de todas las percepciones de las diferencias – lo

que significa que las diferencias superficiales que nos mantienen separados

a unos de otros son merecedoras de juicio – es la diferencia que es el núcleo del especialismo: uno es pecador, el otro impecable. A medida que nuestra conciencia se vuelve total, estas percepciones cambian y se transforman hasta que nos encontremos con alegría en el mundo real, con todos. Somos llevados allí por el amor sanador del milagro que refleja la inocencia del Hijo de Dios, su unidad preservada por la justicia del Cielo: lo que es de Dios es de todos y es su derecho inalienable.

Conclusión.

Concluimos nuestra discusión con un hermoso extracto de "La luz que traes contigo".

(IV.3:1) Tú que eres el hacedor de un mundo que no es cierto, descansa y halla solaz en otro mundo donde mora la paz.

Jesús se refiere al mundo real, donde todos ganan y nadie pierde, donde no pasó nada que pueda per-turbar el perfecto amor y la paz del Cielo. Esto corrige felizmente el mundo de especialismo y dolor del ego.

(IV.3:2-4) Ése es el mundo que le llevas a todos los ojos fatigados y a todos los corazones desfalle-cidos que contemplan el pecado y entonan su triste estribillo. De ti puede proceder su descanso. De ti puede surgir un mundo cuya contemplación los hará felices y donde sus corazones estarán rebosantes de dicha.

Jesús habla de que somos la misma presencia amorosa en el sueño que él, el gentil precursor del mundo real. Así traemos descanso al cansancio del mundo que impregna la mente de los Hijos de Dios llenos de culpa y la cual le causaba dolor. Nuestra indefensión es el medio por el cual aprendemos que nada sucedió excepto en sueños de pecado, y estos no tuvieron ningún

efecto en la realidad de la impecable creación de Dios: "... no se perdió ni

una sola nota del himno Celestial" (T-26.V.5:4).

(IV.3:5-7) De ti procede una visión que se extiende hasta todos ellos, y los envuelve con dulzura y luz. Y en este creciente mundo de luz, las tinieblas que ellos pensaban que estaban ahí se desplazan hasta convertirse en sombras lejanas y distantes, que no se recordarán por mucho tiempo una vez que el sol las haya desvanecido. Y todos sus pensamientos "malvados" y todas sus esperanzas "pecaminosas", sus sueños de culpabilidad y venganza despiadada, y todo deseo de herir, matar y morir, desaparecerán ante el sol que tú traes contigo.

El mundo del atesorado pecado todavía necesita aceptar "el sol que [traemos]", ya que, al haber aceptado su luz para nosotros mismos, le ofrecemos al mundo esta forma de vida alternativa: las cosas horribles literalmente desaparecerán de la percepción cuando aceptemos nuestra

función de Expiación, en el sentido de que ya no afectarán nuestra paz.

Nuestros ojos pueden ver sufrimiento y muerte, nuestros oídos escuchan

historias de dolor y daño, pero la vengativa carga de la culpa proyectada

habrá sido eliminada, dejando solo la suave luz del perdón para bendecir al

mundo que nace en el amor, la alegría y la esperanza.

(IV.4) ¿No desearías hacer esto por el Amor de Dios? ¿Y por ti? Piensa en lo que ello representaría para ti. Pues los pensamientos "malvados" que ahora te atormentan te parecerán cada vez más remotos y alejados

de ti. Y esto es así porque el sol que mora en ti ha despuntado para desvanecerlos en su luz. Persisten por un corto tiempo en formas enrevesadas, demasiado distantes como para que se puedan reconocer,

y luego desaparecen para siempre. Y en la luz del sol te alzarás sereno, lleno de inocencia y sin temor alguno. Y desde ti, el descanso que encontraste se extenderá para que tu paz jamás pueda abandonarte y dejarte desamparado. Aquellos que ofrecen paz a todo el mundo han encontrado un hogar en el Cielo que el mundo no puede destruir. Pues es lo suficientemente grande como para contener al mundo entero dentro de su paz.

Ahí está nuestra respuesta. Si realmente queremos la paz, debemos ofrecérsela a todos, sin negársela a nadie. Esta no es una ofrenda positiva, sino la simple eliminación de las interferencias negativas – culpa y especialismo – que impedían el fluir de la paz a través de la Filiación. Al aceptar la función de perdón para nosotros mismos, lo hacemos para todos.

Y la verdadera justicia puede venir en paz para reclamar lo suyo: al Hijo de

Dios tal como Él lo creó. Debemos notar que Jesús nuevamente describe

esto como un proceso (“más remotos y alejados”, etc.), lo que indica que no

se espera que dejemos ir el ego por completo de una vez. El miedo dicta

que el perdón sea misericordioso y lento, manteniendo un ritmo suave con

nuestra disminución de la resistencia. De tal bondad nace el Reino de los

Cielos en la tierra.

Ahora este hermoso cierre:

(IV.5) En ti reside el Cielo en su totalidad. A cada hoja seca que cae se le confiere vida en ti. Cada pájaro que jamás cantó cantará de nuevo en

ti. Y cada flor que jamás floreció ha conservado su perfume y hermosura para ti. ¿Qué objetivo puede suplantar a la Voluntad de Dios y a la de Su Hijo de que el Cielo le sea restituido a aquel para quien fue creado como su único hogar? No ha habido nada ni antes ni después. No ha habido ningún otro lugar, ningún otro estado ni ningún otro tiempo. Nada que esté más allá o más acá. Nada más. En ninguna forma. Esto se lo puedes brindar al mundo entero y a todos los pensamientos erróneos que se adentraron en él y permanecieron allí por un tiempo. ¿De qué mejor manera se podrían llevar tus propios errores ante la verdad, que estando dispuesto a llevar la luz del Cielo contigo, según te diriges más allá del mundo de las tinieblas hacia la luz?

Para hacer posible esta hermosura, todo lo que necesitamos es la “pequeña

dosis de buena voluntad” que le dice a Jesús: “Por favor ayúdame a ver que

estoy equivocado, que ver a esta persona como mi enemigo es una ilusión".

Su amorosa respuesta es un consuelo para nosotros y para el mundo:

"No te

preocupes por salvar el mundo. No te preocupes porque tú mismo seas su

luz. Simplemente permite que mi dulce amor brille en tu mente, renunciando a aferrarte a la culpa, y entonces la justicia de Dios iluminará a

Su único Hijo que pensó que había entrado en la oscuridad, solo.

Ahora

está redimido. Ahora la luz ha alboreado en su mente perturbada.

Ahora por

fin puede volver a su hogar en el amor del Cielo".

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth Wapnick.